

ENSAYO

LA ECONOMÍA DE LA FE*

George Gilder**

Por mucho que el desarrollo y el progreso humano requieran de algo más que fe, la consecución de uno y otro resulta imposible para George Gilder si ni siquiera existe esa fe. Fe no sólo en la inventiva del hombre o en las posibilidades del futuro sino también en valores y misterios trascendentes que están bastante más allá de las fronteras de la economía.

Además de un rescate de la creatividad humana, que el capitalismo incentiva y libera mejor que cualquier otro sistema económico, las páginas siguientes son también un apasionado discurso contra las miserias de la planificación centralizada y contra el fatalismo elevado a la categoría de **ciencia**.

1 La Economía Cinética

En toda economía, tal como Jane Jacobs lo ha señalado, existe un conflicto crucial y definitivo.¹ No consiste en la división entre capitalistas y trabajadores, tecnócratas y humanistas, gobierno y empresa, liberales y conservadores, ni ricos y pobres. Todas estas divisiones son reflejos parciales y distorsionados de un conflicto más

* Este trabajo reproduce íntegramente los capítulos 19, 20 y 21, que conforman la tercera parte del ensayo *Wealth and Poverty*, publicado por George Gilder en 1981 (Basic Book, Inc. Publishers, New York). La traducción y publicación han sido debidamente autorizadas. *Estudios Públicos* incluyó bajo el título "Acerca de la Riqueza y la Pobreza" otros dos capítulos de esa obra en su edición N° 24, Primavera 1986.

** Profesor de economía del Lehrman Institute y colaborador de *The Wall Street Journal* y *Harper's Magazine*.

1 Jane Jacobs, *The Economy of Cities* (New York: Random House, 1969).

Al término de su fascinante libro, Jacobs escribe: "El principal conflicto, según creo, es entre la gente cuyos intereses están con las actividades económicas ya bien establecidas y aquellos cuyos intereses están con el surgimiento de nuevas actividades económicas". (p. 249.)

profundo: la lucha entre el pasado y el futuro, entre la configuración actual de las industrias y las industrias que las reemplazarán algún día. Es un conflicto entre las fábricas, tecnologías y formaciones de capital establecidas, y las nuevas empresas que pronto las harán perder su valor. Estas son empresas nuevas que ahora ni siquiera pueden existir; que pueden revolotear sólo como ideas, sociedades minúsculas, difusos proyectos de investigación o impetuosas ambiciones, pero sin un céntimo; empresas que no son identificables ni calculables desde arriba, pero que, con el tiempo, en una economía que progresa, deben surgir de haber crecimiento.

Excepto en el muy corto plazo, el crecimiento no está constituido por el tipo de demanda floreciente ni de productividad creciente —la venta de más jabón y Chevrolets— que el presidente analiza en el encuentro de empresarios cuando se reúnen para considerar la forma de incentivar la economía norteamericana. El crecimiento tampoco puede surgir de lo que la mayor parte de los círculos empresariales denomina inversión: la reparación, duplicación y expansión de las actuales instalaciones de capital y equipos. Los sistemas existentes se vuelven más caros y menos apropiados a medida que transcurre el tiempo y cambian las condiciones. Su reproducción es con frecuencia una carga para el crecimiento, una desviación de la inversión siempre necesaria en nueva tecnología. El crecimiento a largo plazo puede prácticamente definirse como la sustitución de las plantas, equipos y productos existentes por otros nuevos y mejores.

Henry Bessemer, el creador del método Bessemer de producción de acero a gran escala, describió gráficamente dicho momento de descubrimiento y sustitución ocurrido en el siglo XIX. En 1854, después de su primer descubrimiento importante en los experimentos para producir acero, escribió:

Podría visualizar ahora, a simple vista, la gran industria del hierro derrumbándose ante la irresistible fuerza de los acontecimientos recientemente producidos. En ese solo resultado, la sentencia había sido dictada y ni todo el talento acumulado en los últimos 150 años. . . ni todos los millones que se habían invertido en llevar a cabo el actual sistema de fabricación, con toda su gran resistencia acompañante, podrían revertir ese gran acontecimiento.²

Bessemer tenía razón. Aun cuando la adaptación y difusión de su método tardaron mucho más de lo esperado, el invento de Bessemer terminó en realidad causando ciudades fantasmas y fábricas abandonadas desde la región central de Inglaterra hasta el este

2 Citado de Arnold Heertje, *Economics and Technical Change* (New York: John Wiley & Sons, 1977), p. 75.

de Pensilvania. Durante las últimas décadas del siglo XIX el sistema Bessemer producía cerca del 85% del acero de los EE.UU.; reemplazando el hierro forjado en toda la gran extensión del sistema ferroviario. Pero la técnica Bessemer también iba a sucumbir al cambio. En 1910, el proceso Martin Siemens para elaborar acero, con su planta completamente diferente, había usurpado al de Bessemer cerca de los dos tercios del mercado del acero en los EE.UU.

Tal como Schumpeter escribiera tan memorablemente, "la destrucción creativa es el acontecimiento esencial del capitalismo. . . es por naturaleza una forma o método de cambio económico, y no sólo nunca es, sino que nunca puede ser estacionaria. . . El impulso fundamental que pone y mantiene la máquina capitalista en movimiento proviene de los nuevos bienes de consumo, los nuevos métodos de producción y transporte, los nuevos mercados, las nuevas formas de organización industrial que la empresa capitalista crea".³

En las luchas de la destrucción creativa ni las empresas grandes ni las pequeñas tienen una ventaja decisiva. Por lo general, las compañías grandes son más valiosas al hacer ampliaciones tendientes a una mayor productividad (aunque acumulativamente muy grandes) y al extender sus mercados en la economía mundial, donde la influencia financiera y política es más importante que la innovación. Las compañías pequeñas son en general mucho menos eficientes, pero también tienden a crear artículos totalmente nuevos. Las grandes empresas a veces logran comprar o formar subsidiarias, tales como la Zilog y Vydec de la Exxon, que presentan mucha iniciativa al imitar y mejorar las innovaciones de otros. Lo que las grandes empresas no tienen es la fertilidad de los números y la flexibilidad del no compromiso. Si bien una determinada empresa pequeña puede ser menos creativa que una sociedad grande, los millones de pequeños negocios juntos son la fuente primordial de la destrucción creativa, los principales iniciadores del cambio valioso.

Las virtudes mismas del tamaño —que ofrecen las economías de escala— son el corolario de sus vicios: sus inmensas y establecidas inversiones en determinadas prácticas de administración y capital. Sin manifestar ninguna hostilidad contra las grandes empresas, se puede sostener que la lucha entre el pasado y el futuro es en parte una lucha entre David y Goliat, y que ésta no terminará nunca. Aun cuando el mismo Schumpeter llegó a subestimar las inmutables consecuencias del imperativo del cambio —y muchos economistas contemporáneos imaginan sorprendentemente que estamos entrando en una era tecnológica estacionaria o estancada—, la destrucción creativa es siempre la esencia del crecimiento.

De este hecho surge la principal interrogante acerca de todo sistema de economía política, programa de un partido político,

3 Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism, and Democracy* (New York: Harper & Row, 1962).

proyecto inspirado de liderazgo: ¿Dejará el cambio prevalecer el futuro? ¿Favorecerá la promesa de lo desconocido contra las comodidades y pasiones del pasado amenazado? Poco más importa. Como en todo momento del inquietante curso de la historia humana, las tecnologías y productividades actuales son inadecuadas para una población mundial de rápido crecimiento y, sobre todo, con necesidades cada vez mayores. Como en toda otra época histórica, los hombres sin fe y faltos de visión intentan detener el incremento del conocimiento y el avance de la tecnología; sueñan con estados estacionarios, "equilibrios económicos", "estilos de vida alternativos", "retornos tecnológicos decrecientes", "plenitudes ecológicas", un "retorno a la naturaleza" y, al mismo tiempo, refunfunan acerca de la "amenaza del progreso científico". Tales fantasías continuamente rebatidas y continuamente repetidas, son el principal obstáculo a la supervivencia de la civilización.

El problema surge con una urgencia cada vez mayor en todo Estado moderno. En todas partes, los gobiernos se encuentran divididos entre el clamor de la obsolescencia alterada y las quejas de la oportunidad no realizada; entre las víctimas de sufrimientos ya bastante viejos y las víctimas de sufrimientos crecientes; entre empresas que evaden la competencia o piden subsidios por sus errores y compañías que buscan recursos humanos y de capital para crear nuevos productos y nuevos mercados para ellas.

Los gobiernos socialistas y totalitarios están obligados a sustentar el pasado. Como la creatividad es impredecible, también es incontrolable. Si los políticos quieren tener dominio y planificación central, no pueden tener dinamismo ni vida. Una economía dirigida es casi por definición una economía estéril, que puede progresar sólo pidiendo prestado o robando del exterior.

Después de un viaje a la Unión Soviética, Luigi Barzini describió los resultados de la dirección "progresista" en ese país vastamente dotado. Muchas de las fábricas rusas en funcionamiento, según Barzini, se parecen bastante a los museos industriales hermosamente mantenidos y administrados que exhiben máquinas del siglo XIX completamente aceitadas, pulidas y brillantes como un antiguo Packard listo para su presentación en un desfile de autos antiguos. Excepto en el ámbito esencial de la defensa nacional, en que la empresa soviética debe competir con los Estados Unidos, el comunismo en general es un sistema puramente reaccionario, una especie de sueño hecho realidad en una conferencia de arqueólogos industriales. Esta esterilidad creativa puede ser superada en teoría por los países socialistas que "proyectan" libertad y cambio (es decir, que se vuelven parcialmente capitalistas). Pero, pragmáticamente, es en el capitalismo que debemos confiar para liberar las fuerzas de la destrucción creativa que pueden redimir al mundo en su continua crisis de población y escasez.

Sin embargo, a medida que los gobiernos capitalistas se introducen cada vez más en el mundo de la economía, los sistemas políti-

cos democráticos y capitalistas se abanderizan cada vez más con el bando del orden establecido, el bando del estancamiento y contrario al crecimiento creativo. Un legislador democrático normalmente apoya los negocios e influencias culturales más poderosos en su distrito. Los sindicatos, de gran importancia en la política de los países no comunistas, normalmente defienden los intereses de las grandes empresas que ya están organizadas. Por lo general, las burocracias están estrechamente relacionadas con las industrias que regulan, especialmente cuando las regulaciones —junto con una tributación excesiva— perjudican de tal manera a la industria que, al igual que los servicios de ferrocarriles y las empresas de utilidad pública, finalmente caen impotentemente en poder del Estado.

Los sistemas detallados de reglamentación tienden naturalmente a favorecer los productos y patrones de comportamiento que se han ajustado a las reglas, las "buenas" compañías que pueden ser fácilmente analizadas y supervisadas por la experiencia de los inspectores titulares. La innovación generalmente tiene resultados impredecibles y posiblemente peligrosos. En las primeras etapas, es siempre incierta, ineficiente y se basa en nuevos descubrimientos científicos, incluso inescrutables. Todo sistema autoprotegido de reglamentación tendiente a evitar el daño del medio ambiente, riesgos en el lugar de trabajo y todo peligro posible para los consumidores, no habría permitido nunca el despegue de un avión, mucho menos una revolución industrial. Los reguladores deben siempre confiar en el conocimiento existente, impuesto por las disciplinas científicas actuales y sus defensores más importantes.

Pero la experiencia científica es casi siempre tan reducida como profunda, y los científicos conocidos se resisten al cambio tan tenazmente como los miembros de cualquier otra agrupación. William Shockley fue uno de los inventores del transistor, uno de los heroicos innovadores de la época moderna. Pero a principios de los años 60, estaba tan ciego a las potencialidades del semiconductor como lo está ahora con respecto a la genética de la inteligencia. La mayoría de los descubrimientos científicos importantes son hechos por hombres que están en sus veinte o principios de sus treinta años. Los Laboratorios Nacionales, la Dirección de Alimentos y Medicinas (Food and Drug Administration FDA), la Agencia de Protección del Medio Ambiente (Environmental Protection Agency EPA), organismos usados por el gobierno para evaluar los resultados de la ciencia civil, están llenos de hombres que han dado lo mejor de sí, emocional e intelectualmente comprometidos con antiguas tecnologías, y absolutamente contrarios al progreso. El pedirles que juzguen las consecuencias de nuevos descubrimientos importantes en energía de fusión o microbiología es como usar a los técnicos en ferrocarriles del siglo XIX para evaluar los proyectos de los hermanos Wright.

Estas realidades no excluyen la regulación. Pero sugieren sus inevitables peligros y sus cuantiosos costos. Mientras más extensos

sean los sistemas de reglamentación, más probabilidades existen de que sean dominados por insignificancias y que el crecimiento de la economía de los Estados Unidos sea mediocre. La reglamentación excesiva para librarnos del riesgo creará el mayor peligro de todos: una sociedad estancada en un mundo que cambia. La alternativa no es entre un equilibrio tranquilo y un progreso precipitado sino que entre el deterioro fortuito ocasionado por el tiempo y el cambio y la destrucción creativa provocada por los genios humanos. Nuestro sistema de reglamentación vigente corre el riesgo de transformarse en un enemigo de la destrucción creativa.

Es así como por casi una década la Agencia de Protección del Medio Ambiente ha impedido inflexiblemente el uso de nuevos insecticidas biológicos, feromonas, bacterias pesticidas y otros controladores de plagas orgánicos del tipo presentado por Rachel Carson como posibles sustitutos para el DDT. Esta actitud ha llevado al continuo uso de productos químicos como el paratión, que es mucho más venenoso y destructivo que el DDT, aun cuando la mayoría de las nuevas sustancias biológicas no presentan ningún peligro para el medio ambiente. La causa de esta paralización, concluyó William Tucker de la revista *Harper*,⁴ en un análisis de la situación que fue galardonado con un premio,⁴ no es una oposición deliberada que conspira contra todos los nuevos descubrimientos, sino una incapacidad típica frente a lo nuevo.

Según los fabricantes, el principal problema técnico de los nuevos pesticidas era cómo mantenerlos en el medio ambiente el tiempo suficiente para atacar a los insectos, para no hablar de los humanos. Y su principal problema comercial ha sido que su reducida efectividad, generalmente contra sólo una plaga, limita su mercado y de ese modo la cantidad de dinero que se puede invertir rentablemente en su experimentación.

Pero la Agencia de Protección del Medio Ambiente aplica a estas exóticas sustancias microbianas, destinadas a alterar los patrones de apareamiento de determinadas especies de insectos o de otro modo interrumpir la vida de éstos, exactamente las mismas exigencias de evaluación desarrolladas para los productos químicos tóxicos que matan un amplio espectro de insectos, son usados en grandes cantidades y persisten tenazmente en la tierra. Esta Agencia no previó los controladores de plagas orgánicos y de este modo estaba burocráticamente mal dispuesta para aprobarlos. Todos los años surgían negocios que después fracasaban, los científicos hacían espectaculares descubrimientos y luego, al sentirse frustrados, se volvían hacia otros campos. Al mismo tiempo la Agencia de Protección del Medio Ambiente reflexionaba constantemente sobre qué hacer con los nuevos inventos, ordenaba programas de pruebas que costaban cientos de millones de dólares y cambiaba" el

4 William Tucker, "Of Mites and Men", *Harper's*, Vol. 257, N° 1539 (agosto 1978). pp. 43-58.

personal con tanta frecuencia que las compañías no podían determinar nunca el punto de responsabilidad para su situación. Como resultado de esto, se bloqueó el avance del progreso, y se fomentó la regresión a pesticidas mucho peores que el DDT, según las pautas sugeridas por las primeras regulaciones.

De igual modo, la Dirección de Alimentos y Medicinas está controlada por doctores que realmente no pueden comprender los nuevos descubrimientos en farmacología, pero que se aferran a un complejo Francés Kelsey, oponiéndose obstinadamente a todo lo nuevo porque puede resultar ser talidomida. El hecho es que un sistema que impidiera la experimentación de toda droga con posibles efectos secundarios tan nocivos como la talidomida, imposibilitaría casi todo el progreso en farmacología y costaría muchas más vidas de las que salvaría. Actualmente la Dirección de Alimentos y Medicinas constituye el principal obstáculo al progreso de la medicina en los Estados Unidos, bloqueando e impidiendo tontamente la innovación en drogas, incluso una generación completamente nueva de agentes antivirales, que no se puede demostrar si son seguros ni efectivos sin varias décadas de uso en seres humanos, cosa que prohíbe la Dirección de Alimentos y Medicinas.

En 1974, mediante la Ley de Control de Sustancias Tóxicas, el Congreso amenazó con extender este tipo de complicaciones a todo el ámbito de la industria norteamericana, abarcando miles de productos químicos en innumerables combinaciones, la mayoría de ellos tóxicos en diversos grados y aplicaciones. Esta tarea es esencialmente imposible, ocasionando un llamado de atención para toda la economía. Al igual que la Occupational Safety and Health Administration, esta ley constituye una licencia para el gobierno que le permite acosar a toda compañía que lo ofende, por cualquier motivo. Sin embargo, la razón más probable es que una empresa insista en crear nuevos productos. La mejor forma para evitar los problemas es evitar la innovación. Bajo esta ley, mientras más concienzuda sea la Agencia de Protección del Medio Ambiente, más destructivo será el efecto. En este caso, la única esperanza es la incompetencia.

Se ha demostrado muchas veces la frecuente perversidad de tales intervenciones en el mercado. Pero a pesar de todos los problemas, la regulación es en ocasiones necesaria, y debería adoptarse, según todos concuerdan, "cada vez que los beneficios excedan los costos". Pero el cálculo no es en absoluto sencillo. La mayoría de los costos son imposibles de medir, pues están constituidos por los beneficios de una economía más abierta y competitiva que permita el fácil aprovechamiento de nuevas tecnologías. El mayor daño provocado por los controles excesivos es que se oponen a la innovación y al espíritu empresarial y fomentan la continuidad de lo obsoleto ligeramente acicalado y aprobado por el gobierno. Este, debido a todas sus prácticas y virtudes seductoras, constituye casi siempre un obstáculo al cambio. Dado que a nivel mundial la gente

tiene una vida más larga en los países más industrializados, dinámicos y contaminados —y la longevidad sigue aumentando en las sociedades industriales—, la responsabilidad de la prueba debería caer normalmente en quienes quieren detener el progreso por salvar vidas.

Una razón para la resistencia gubernamental al cambio es que el proceso de destrucción creativa puede atacar no sólo a una industria existente, sino también al sistema de regulación que subsiste en ella; y es mucho más difícil reducir una burocracia que llevar a la quiebra a una empresa. Un sistema de regulación es un parásito que puede crecer más que su industria anfitriona y transformarse a su vez en anfitrión, con la industria reducida a la condición de parásito dependiente de los subsidios y protecciones del mismo cuerpo gubernamental que inicialmente debilitó su poder. Actualmente, tales industrias existen en toda Europa, firmas que se alimentan de las sociedades que una vez alimentaron plenamente. Ninguna de las empresas manufactureras nacionalizadas en Europa ha hecho una utilidad estable; todas son cargas para las economías que aparentemente dominan pero que realmente subvierten.

En Gran Bretaña, el descubrimiento del petróleo en el Mar del Norte se llama a veces una "maldición disfrazada", pues permitió a ese país continuar financiando sus "leviatanes" parásitos durante los años 70 e incluso tomar nuevas empresas nacionalizadas, como Inmos, un haragán sin futuro en la industria de la computación, al igual que las virtuales criaturas del gobierno, como Debrean Autos. Esta empresa probablemente no devolverá nunca los inmensos subsidios con que Gran Bretaña superó la oferta de Puerto Rico por el derecho de reducir la economía nacional a fin de "crear" unos pocos empleos y destruir muchos más.

Incluso cuando los gobiernos prestan ayudas más modestas a las empresas independientes, con frecuencia actúan de manera que favorecen a las compañías establecidas contra potenciales rivales. Los aranceles, cuotas de importación, depreciación acelerada y demás políticas comerciales y tributarias son de mucha utilidad para las empresas instaladas con líneas de productos establecidas por mucho tiempo que deben proteger, equipos que depreciar y utilidades que compensar. Estas políticas, con frecuencia aclamadas por estar orientadas hacia la obtención de beneficios sociales específicos, generalmente fomentan la expansión y reproducción del stock de capital existente: las fábricas y máquinas usadas para armar y vender más autos, televisores en colores, lavadoras de platos, secadores de pelo, fertilizantes e insecticidas químicos, todos productos valiosos pero también artículos de importancia cada vez menor para los problemas que surgen de una situación nacional cambiante. Dado que nuestras circunstancias cambian, nuestro stock de capital debe transformarse, y esto significará inevitablemente la disminución de las fortunas de todos los dueños menos precavidos del capital existente, de todos los sindicatos que depen-

den de ellos y de las localidades y burocracias que las empresas mantienen.

Estas tendencias gubernamentales hacia la regresión se ven reforzadas por los medios de comunicación. Todo reportaje de un nuevo producto defectuoso, un desecho industrial posiblemente venenoso, un producto químico vagamente carcinogénico, tiene grandes titulares en los periódicos y un oscuro comentario en las noticias de la televisión. Pero los valiosos productos y servicios que jamás son creados ni comercializados debido al exceso de regulación no tienen voz. Cuando un leviatán corporativo sufre un traspíe o retrasa su planilla de pagos —ya sea debido a la competencia importada, a la simple obsolescencia o incluso a la política gubernamental— las cámaras y micrófonos se trasladan para filmar y registrar todo llanto y lamentación. Pero cientos y miles de pequeñas empresas que implican millones de empleos se terminan anualmente sin que nadie lo sepa. Nuevamente, se difunde al público la imagen de la economía como un conglomerado de grandes empresas y burocracias gubernamentales y se ocultan las verdaderas fuentes del crecimiento a largo plazo. Las importaciones son consideradas como una amenaza, el progreso es presentado como un peligro, y la penetración gubernamental de la economía para financiar la mala administración y el fracaso es presentada como una forma de "salvar empleos", no obstante que, en realidad, son muchos más los empleos que se pierden, con el tiempo, al dejar deteriorarse las disciplinas de la competencia.

Los sindicatos y los políticos se unen a la prensa al sostener que la quiebra de una Penn Central, una Chrysler, o una Lockheed sería una pérdida total para la economía más que una forma de reorganizar los activos de las compañías de manera más rentable. En efecto, el mayor problema de los ferrocarriles es la idea de que la configuración actual del servicio de trenes es indispensable en todas sus partes y debe en último término ser financiada por el gobierno en caso de que el sector privado no lo haga. Esta idea, que es un disparate demostrable, se transforma en una profecía autocumplida, pues ninguna industria (o ciudad) puede tener negociaciones exitosas con sus sindicatos si los trabajadores creen que la empresa tiene acceso final a la tesorería nacional.

De igual modo, el campo de la energía está lleno de profecías autocumplidas, pues los medios de comunicación difunden propaganda antitecnológica sobre casi todas las formas de producción y transporte de combustibles. Las centrales de energía, refinerías de gas y petróleo y todos los nuevos descubrimientos en energía se ven invariablemente obstaculizados y postergados con el pretexto de salvar vidas o proteger el medio ambiente. Pero los apagones, déficit de energía, mayores costos de energía y el estancamiento industrial de las próximas décadas provocarán mucho más muertes y destrucción más tarde, cuando la sociedad recurra a medidas desesperadas como, por ejemplo, nacionalice los servicios

públicos, retorne al carbón e intensifique el riesgo de guerras contaminantes del medio ambiente. Al aplaudir la decadencia y amenazarse ante la tecnología, los medios de comunicación fomentan el surgimiento de crisis realmente peligrosas en el futuro.

El fenómeno del apoyo prestado por el gobierno a la mala administración, la ineficiencia y reacción, llega mucho más allá de la empresa. El fracaso cómodo recurrirá siempre e inevitablemente a la política para que lo proteja del cambio. Igual como las empresas en decadencia recurren al Estado, la gente y grupos que esquivan las responsabilidades del trabajo productivo y la vida en familia se proclamarán a sí mismos una crisis social y una responsabilidad nacional, y efectivamente, se transforman en eso. Mientras más ayuda federal se conceda a los desempleados, los divorciados, los descarriados y los despilfarradores, más comunes se volverán sus enfermedades, más sorprendentes serán los gráficos de crisis social. Un gobierno preocupado de las estadísticas de la crisis se encontrará con frecuencia subsidiando problemas, apuntalando formas esencialmente mórbidas de actividad económica y social. Al mismo tiempo, estará creando incentivos para el desempleo, inflación, trastornos familiares, deterioro de viviendas, déficit municipales, y empeorando los problemas al hacerlos rentables. Cuando el gobierno crece, muy pronto llega el momento en que las soluciones son menos rentables que los problemas.

En el Washington de los años 70, detrás de la inevitable retórica de la innovación, el progreso y las apariencias del futuro, se congregaron las fuerzas de la obstrucción: un departamento de energía que imponía nuevos impuestos y controles de precios contraproductivos, un departamento de vivienda que fomentaba controles de arriendo; incluso un Centro Nacional de Productividad obligado a celebrar al sindicato menos productivo de todos por hora-hombre, la American Federation of State, Country, and Municipal Employees.

A pesar de sus buenas intenciones, la planificación gubernamental tenderá a vivir en el pasado, pues sólo el pasado es seguro y confiable. Ante la inevitable crisis de escasez, prescribirá como progreso una serie de anacronismos apenas disimulados: el resurgimiento de las bicicletas, el renacimiento de las cooperativas de consumidores, un nuevo esquema federal de controles de precios, un retorno masivo al carbón, o una revitalización de la pequeña agricultura y los molinos de viento.

El conjunto de programas gubernamentales vigentes se puede considerar en su totalidad como una defensa ingeniosa y extensiva del statu quo contra todos los nuevos competidores. La política económica se centra en estimular la demanda agregada por los productos existentes más que en incentivar la oferta de nuevos productos. Los créditos para gastos de capital y las provisiones por depreciación acelerada —a pesar de ser mejores que la inexistencia de una reducción tributaria— tienden a favorecer la recreación del

stock de capital existente, más que la creación de nuevas formas de capital y modos de producción. Las demandas antimonopolios están dirigidas principalmente contra los competidores exitosos (como la IBM) e ignoran las políticas gubernamentales en la base de la mayor parte del monopolio norteamericano. El sistema de tipo de cambio flotante enfrenta el deterioro en el comercio internacional depreciando el dolar en vez de forzar una respuesta competitiva de mayor productividad y nuevos productos. Nuestros sistemas de tributación y subvención amortiguan demasiado el fracaso (de las empresas, individuos y gobiernos locales), premian la creatividad y el ingenio principalmente de los abogados y contadores de las empresas y esperan hambrientos en la emboscada todo éxito comercial inesperado y, por lo tanto, no protegido.

En nuestros programas sociales y de empleo existe una tendencia similar. Bajo las reglas actuales de acción afirmativa y constantes amenazas de pleito, el servicio civil distribuye ahora los empleos y las promociones basándose en credenciales prácticamente inmutables tales como puntajes de pruebas, diplomas, raza, sexo, más que sobre la base de un rendimiento competitivo en el trabajo. Las políticas de empleo de la nación se basan cada vez más en nuevas formas de posesión y derecho, en vez de hacerlo en mayores oportunidades y nuevos tipos de ocupaciones.

La mayoría de estas políticas están manifiestamente destinadas a proteger a los pobres y a los vulnerables de los costos del cambio pero, a pesar de la cosmética de una política igualitaria, tienen como principal efecto el negar a las clases más bajas los beneficios de una economía que progresa. El riesgo y la competencia, la muerte y el cambio son la verdadera esencia de la condición humana. El esfuerzo por escapar de la inflación, indexando los ingresos de los grupos favorecidos, y por luchar contra el desempleo, subsidiando ocupaciones pasadas de moda, simplemente empeora estos problemas y los impone a la mayoría no organizada: a las pequeñas empresas, a los trabajadores que no pertenecen a sindicatos, al público en general en una economía estancada.

Incluso los controles voluntarios de precios y salarios principalmente castigan a las compañías de rápido crecimiento y evolución que operan en sectores competitivos, porque requieren pagar altos sueldos a sus empleados para evitar que se vayan a otras compañías, o porque necesitan cobrar muy alto por servicios y productos poco comunes en que la compañía controla un breve monopolio. Además, los controles trasladan las mayores obligaciones hacia los sectores no controlables. En la medida en que el gobierno pueda reprimir artificialmente los precios de los automóviles y televisores, aumentara la presión sobre los precios de los alimentos, combustibles y vivienda. Dado que el gobierno tendrá siempre mayor influencia en los precios de los productos de lujo que en los de productos básicos, con una determinada cantidad de dinero los controles tenderán siempre a elevar los precios de las necesidades dominantes

en el presupuesto de los pobres. Este efecto fue evidente en los esfuerzos de Nixon y Cárter tendientes a la estabilización de precios.

Por lo general, el intento del gobierno de protegerse y de proteger a sus clientes contra el riesgo y la incertidumbre tiene como efecto principal el poner a todo el sistema en peligro. Se pone a la vez demasiado rígido y demasiado flexible como para reaccionar hábilmente ante los nuevos shocks y repentinos desafíos inevitables en un mundo inseguro.

El sustentar el futuro, a pesar de ser teóricamente simple, plantea innumerables desafíos para el gobierno. Este puede hacer milagros de creatividad y crecimiento simplemente aplicando las leyes con igualdad, protegiendo las patentes y derechos de propiedad; y fomentando la excelencia educacional, sobre todo en ciencia y tecnología. Además puede lograrlo limitando los poderes públicos para crear y mantener el monopolio; eliminando barreras al comercio; suprimiendo donde sea posible la mano torpe de la burocracia; aplicando sanciones e incentivos razonables a las industrias que ponen en peligro el medio ambiente; y fomentando una atmósfera de estabilidad y seguridad en los asuntos internos y externos.

Tales tareas presentan amplias responsabilidades a la burocracia de Washington. Para satisfacerlas serán necesarios esfuerzos heroicos. El programa más ambicioso del liberalismo contemporáneo simplemente asegura que el gobierno no hará nada bien, excepto expandirse como un obstáculo al crecimiento y la innovación. La mejor forma que tiene el gobierno de apoyar el futuro es absteniéndose, tanto como sea posible, de tratar indebidamente de modelarlo, pues el impacto de la política del gobierno casi siempre se ajusta a la tendencia actual del poder político, que deriva de la configuración de capital y mano de obra existente.

Tal vez el símbolo supremo de la lucha entre el pasado y el futuro sea el continuo debate sobre la política tributaria, especialmente sobre las ganancias de capital. Lo que está en juego es relativamente simple. Aunque naturalmente las grandes empresas se beneficiarán más en términos absolutos, las rebajas en los impuestos sobre ganancias de capital son un beneficio redentor para las compañías que esperan crecer rápido, es decir, aquellas que son nuevas e innovadoras. Las ganancias de capital son la principal fuente de nueva riqueza en una economía capitalista. Son la forma en que la gente se enriquece. Con una tasa de inflación superior al 8%, un impuesto del 20% sobre las ganancias de capital aumenta rápidamente a más del 100% en su impacto promedio sobre los activos mantenidos por más de unos pocos años.⁵ Todavía se puede ganar dinero, si se es astuto o afortunado, especulando en acciones y bonos, productos

5 Martin J. Bailey, *Inflationary distortions and Taxes*, en Henry J. Aaron, ed., *Inflation and the Income Tax* (Washington, D. C.: The Brookings Institution, 1976), p. 302.

básicos y transables, y tratando de adivinar los movimientos del mercado o del Banco Central. Pero las acciones de una empresa pionera adquiridas en una compra temprana —de mantenerlas por el tiempo necesario para lanzar un nuevo producto— serán con frecuencia gravadas a niveles confiscatorios al ser vendidas.

Este impuesto constituye un acto de protección a la gran empresa, una defensa de las grandes compañías contra las pequeñas, de la antigua riqueza contra la nueva, del pasado contra el futuro. Pero los llamados políticos progresistas se oponen implacablemente a que se elimine el tributo de las acciones. Aun cuando la mayoría de los liberales reconoce ahora la necesidad de promover la inversión, todos favorecen, en las palabras del senador Kennedy, de Blumenthal, el Secretario del Tesoro, y del Presidente Cáster, un "enfoque dirigista" de las bonificaciones y subsidios para los tipos de inversión que ellos prefieren, en vez de rebajas generales que crearán nueva riqueza y multiplicarán la cantidad de empresarios ricos.

Los liberales parecen querer la riqueza sin los ricos. Pero la mayor parte de la verdadera riqueza se origina en las mentes individuales de manera impredecible e incontrolable. Una economía exitosa depende de la proliferación de los ricos, de la creación de una gran clase de hombres que corren riesgos y desean escapar de los fáciles canales de una vida cómoda a fin de crear una empresa nueva, ganar inmensas utilidades y volverlas a invertir. Se dirá que sus ganancias no son "ganadas" ni "merecidas". Pero, en realidad, la mayoría de los empresarios exitosos contribuyen mucho más a la sociedad que lo que alguna vez recuperan, y la mayoría de ellos no gana riquezas en absoluto. Ellos son los héroes de la vida económica, y quienes escatiman sus recompensas demuestran no comprender su rol ni potencial.

Las actitudes de los políticos —al menos con respecto a la riqueza— son bastante comprensibles. En gran medida, los políticos son los aristócratas norteamericanos. Alcanzaron su posición sometiéndose a una intensa competencia, corriendo grandes riesgos y haciendo sacrificios tan enormes como cualquier empresario. Los políticos triunfadores están en la verdadera cima de su profesión. Sin embargo, se les paga menos que a un profesional, como un médico o un abogado, que tiene garantizada una vida de prestigio e ingresos seguros. Además, los ingresos de los políticos son muy inferiores a las fortunas de empresarios comparablemente exitosos y que asumen riesgos. Es comprensible que los políticos no estén de acuerdo con la forma de distribución de la riqueza norteamericana. Los senadores, gobernadores, alcaldes, deberían tener un sueldo al menos cuatro o cinco veces lo que ganan actualmente. La única razón porque esto no es así es su demagogia populista incontrolable, de la que sólo ellos son culpables, y la riqueza heredada que muchos de ellos mantienen, acarician y critican, la que los libera de los corrientes riesgos económicos de la lucha política.

Comprensiblemente o no, sin embargo, la hostilidad de los políticos con respecto a las principales fuentes de riqueza en los Estados Unidos hace que la mayoría de ellos —sin considerar sus creencias declaradas en el progreso y la igualdad— sean defensores reaccionarios de la antigua plutocracia contra las fuerzas de la innovación y el progreso. Los políticos que han triunfado en despiadadas rivalidades de ingenio y riesgo se vuelven aliados naturales de la burocracia y el privilegio y adversarios intransigentes del crecimiento y la vitalidad económica. Pero los políticos, durante su vida de ambición y aventura, son parientes espirituales de los empresarios. Si los políticos consideraran sus propias carreras y su logro final de una fortuna en prestigio, deberían poder comprender la dinámica del capitalismo y la necesidad de grandes recompensas para el triunfo contra las enormes probabilidades.

El futuro del capitalismo norteamericano depende de este cambio del orden político, desde una defensa reaccionaria del pasado a una aceptación progresista del futuro. En el anómalo mundo de la política norteamericana, este cambio supone casi necesariamente vencer las tendencias "progresistas" en la sociedad.

2 El Cervejero Testarudo

Para la Mente que duda del papel decisivo del ingenio, el coraje y la suerte en el pasado, el futuro generalmente se ve imposible: el mundo occidental parece condenado a la decadencia y la coacción, pues su creciente población presiona contra una frontera que se cierra, y la ciencia y tecnología se desarrollan siguiendo la ley de retornos decrecientes. Está surgiendo una sociología de la desesperanza, basada en una ciencia falsa, una incomprensión de los infortunios de toda la historia humana y una ceguera en cuanto a las eternas fuentes del triunfo humano. Mientras los físicos empiezan a reconocer libertad para las partículas microscópicas, los científicos políticos aún la escatiman para los humanos. A la estructura atómica se le concede lugar para lo casual e incalculable; pero la estructura social está supuestamente bloqueada por las fuerzas mecanicistas de la entropía y el agotamiento, consumiendo su lógica en un "círculo que se cierra" de decadencia ecológica.

Estas actitudes conducen a distorsiones sistemáticas de visión y política. La inclinación mental que lleva al hombre a ver el futuro frustrado por la coacción y la escasez también lo induce a creer que es posible liberar al presente de riesgos e incertidumbres, tal como el pasado, retrocediendo invariablemente en los lentes de la percepción tardía. Como se piensa que una lógica inteligible ha determinado el pasado, y se pronostica que definirá el futuro, el pensador político moderno quiere imponer una racionalidad pertinente similar sobre los acontecimientos actuales. Formula un llamado al go-

bierno para que establezca una economía ordenada y fácil de predecir, con reservas de energía conocidas siempre iguales a las necesidades esperadas; con empleos también garantizados en configuraciones geográficas y demográficas apropiadas; con demanda monetaria en continua expansión para absorber la oferta esperada de las actuales empresas; y con los indisciplinados intrusos extranjeros expulsados del mercado o gravados con aranceles y cuotas. Además de esto, dicha economía debe tener fábricas controladas por los trabajadores a las que se les prohíbe todo movimiento o cambio violento; la invención y la creatividad convocadas por los burócratas a marchas forzadas de investigación y desarrollo; seguro contra la inflación en todos los contratos; seguro contra el desempleo en todas las ocupaciones; y seguro contra quiebra para todas las empresas; con toda la riqueza inesperada activamente gravada con impuestos y la pobreza indecorosa eliminada mediante ingresos garantizados. En esta opinión, que sostienen todos los "humanistas" intelectuales en diversas formas esencialmente perceptibles, se considera que el riesgo y la incertidumbre son el problema, y el gobierno, la solución en una búsqueda autoprotectora de una economía dirigida y de un mundo tranquilo y fácil de predecir.

Estas nociones se oponen profundamente a las condiciones esenciales del crecimiento económico y el progreso humano. La búsqueda de una racionalidad calculable en los asuntos humanos desafía la incalculable subjetividad de los seres humanos y el peligro e incertidumbre de toda vida humana. En economía, el problema emerge a la superficie de manera muy evidente en las deficiencias de la planificación, las que a su vez son observables tal vez más gráficamente en las economías pequeñas y esforzadas del Tercer Mundo. Aquí, las ideas contemporáneas se aplican de una manera directa, abstracta, que no es factible en las sociedades múltiples y densas del hemisferio norte industrializado. Con una devoción apasionada a los ideales de bienestar y control central, y una innegable necesidad de inversiones y obras públicas, los países en desarrollo proporcionan constantes lecciones sobre las incertidumbres de la administración racional.

Albert O. Hirschman, un profesor de economía de Harvard y Princeton que se ha especializado por mucho tiempo en un estudio de las economías retrasadas, publicó hace unos quince años un análisis de los programas de desarrollo y sus logros en unos cincuenta países menos desarrollados. Como era de esperar, descubrió un estado de confusión. Se encontró con "exhaustivos programas" que transforman una miscelánea de vanas expectativas, jerga especializada y compasión agotada en una agenda de "desarrollo" de "múltiples aristas"; descubrió nuevas empresas falsamente "imitativas", que visualizaban toda cuenca de río como un lugar para "otra TVA (Tennessee Valley Authority, Agencia del Valle de

Tennessee*); vio grandiosas fábricas de acero y plantas automotrices asomarse en pequeños mercados nacionales aislados. Existían siempre un elegante programa y una sofisticada lógica, seguidos por un resultado deprimente o inesperado.

En otras palabras, Hirschman descubrió todas las pretensiones y simplezas usuales del mejoramiento económico en el Tercer Mundo. Le podría haber sido perfectamente posible entregar el informe habitual, aplaudiendo los ambiciosos esquemas y aspiraciones, y criticando al mismo tiempo la defectuosa ejecución, la falta de capacidad técnica, la ausencia de capital adecuado, las inhibiciones de la cultura primitiva y la parsimonia del mundo industrial que impide que se lleven a cabo las prescripciones occidentales para el crecimiento. Pero, en cambio, descubrió en los métodos de tanteo —y éxitos ocasionales— de estos países, un principio crucial del progreso económico.

Su descubrimiento fundamental fue que no son sólo los proyectos que fracasan los que no satisfacen las expectativas. La mayoría de los proyectos que tienen éxito también difieren drásticamente de los planes e intenciones originales. Se construye, por ejemplo, una fábrica en medio de un bosque de bambú para explotar esa fuente de pulpa. El bambú se echa a perder y la fábrica prospera entonces sobre la base de los restos de madera de pulpa transportados por el agua hacia la planta. Se construye una central hidroeléctrica para incentivar el desarrollo industrial en el área rural. No se produce ningún desarrollo industrial y la central parece un completo fracaso hasta que se instalan líneas de transmisión para entregar energía a una región vecina. Es tanto lo que aumenta la demanda que es preciso agrandar la central al doble.

Al detallar numerosos ejemplos, Hirschman propone como teoría "el principio de la mano oculta".⁶ Los planes y proyectos económicos rara vez obtienen su resultado esperado. Pero sin embargo, los líderes de los países del Tercer Mundo los necesitan. Pueden reunir en sí y en sus seguidores la confianza y fuerza de voluntad para iniciar una empresa importante sólo si sus riesgos y dificultades son confusos. Esta "mano oculta" toma la forma de un plan, una exhibición de pericia, que con frecuencia sobrestima ampliamente los beneficios y subestima las dificultades. El esquema y agenda autoritaria sirven para persuadir a un líder tímido de que todos los problemas han sido anticipados y que las soluciones son conocidas.

Dicha "mano oculta" parece haber tomado parte activa en el desarrollo industrial de los Estados Unidos durante la primera mitad del siglo XIX. El historiador económico John Sawyer ha señala-

* Nota del traductor: Agencia encargada del desarrollo hidráulico e hidroeléctrico de la cuenca del río Tennessee.

6 Albert O. Hirschman, "The Principle of the Hiding Hand", *The Public Interest*, N° 6 (Invierno 1967), pp. 10-23.

do que "el mal cálculo o la completa ignorancia" de los costos y dificultades fue fundamental para el inicio de una serie de empresas grandes y exitosas, desde canales y ferrocarriles hasta la minería y la manufactura.

Nuevamente, la locura parece dar frutos. ¿Qué sucede aquí? ¿Sugieren acaso estas experiencias que el progreso económico es esencialmente accidental, el resultado estadísticamente pronosticable de innumerables pruebas y errores, un aumento aleatorio de las probabilidades, que se acumulan una sobre otra como el proceso darwiniano de selección natural entre mutaciones probabilísticas? Existen mejores explicaciones y Hirschman nos da una clave para ellas.

El éxito en toda empresa difícil es siempre un producto de la creatividad humana. Sin embargo,

la creatividad se presenta siempre como una sorpresa para nosotros; por lo tanto, nunca podemos contar con ella y es preferible que no creamos en ella hasta que suceda. . . Dado que necesariamente subestimamos nuestra creatividad, es conveniente que subestimemos de manera similar la magnitud de las dificultades.

(Entonces emprenderemos tareas) que podemos, pero que de otro modo no nos atreveríamos a abordar. . . La mano oculta es esencialmente un mecanismo que hace que una persona adversa al riesgo, los corra y la transforma en una persona menos adversa al riesgo en el proceso.⁸

Naturalmente, los mismos empresarios no lo ven de esta manera. No conciben que puede haber sido por casualidad que han tenido sus mayores éxitos. Tal como Hirschman lo pone en una síntesis lingüística "We fall into error but do not usually speak of falling into truth" (Caímos en un error pero por lo general no hablamos de caer en la verdad).⁹

Hirschman ha dado con una de las verdades más importantes de la sociedad humana, pero no se atreve realmente a extenderlas más allá de los países menos desarrollados ni intenta explicar su significado más profundo. Parece suponer que las cosas son diferentes en las economías modernas.

Da a entender (aunque sin duda lo hace bastante bien) que en las sociedades modernas la planificación tiene éxito: los costos son correctamente calculados y los beneficios claramente anticipados. Sin embargo, es claro que si se hubiera concentrado en el mundo

7 John E. Sawyer, "Entrepreneurial Error and Economic Growth", *Explorations in Entrepreneurial History*, Vol. 4 (Mayo 1952), pp. 199 y 200.

8 Hirschman, *Hiding Hand*, p. 13.

9 Ibid.

industrial avanzado, habría descubierto el mismo patrón que en América y en el Tercer Mundo durante el siglo XIX: el crecimiento no es un producto de planes detallados ni procesos fáciles de predecir sino que del liderazgo, iniciativa y creatividad individuales. La planificación es siempre necesaria, con frecuencia útil, pero rara vez adecuada. La esencial imposibilidad de predecir que Hirschman consideró como un mal del subdesarrollo es, en realidad, la condición incalculable de todo progreso económico. El progreso y la creatividad no se pueden forzar ni prescribir excepto por cortos períodos y a costos que están muy fuera del alcance de algún país del Tercer Mundo o de cualquier empresa competitiva en algún lugar. No hay forma de eludir por mucho tiempo la necesidad de apertura y riesgo.

Esta verdad es un anatema para quienes buscan un esquema de desarrollo y crecimiento libre de riesgos, ya se trate de generales izquierdistas analfabetos que toman el control de pequeños países o de educados líderes empresariales de los Estados Unidos. La regla del riesgo se aplica por igual a la planificación nacional y a la empresa privada, a las industrias técnicas avanzadas como los rayos láser y microprocesadores, e incluso a la industria cinematográfica.

El extraordinario libro de John Gregory Dunne *The Studio* se refiere a las debilidades de la planificación durante un año de altas expectativas bajo una nueva dirección en la Twentieth-Century Fox. Había varias "cosas seguras" en preparación, y que preocupaban a los ejecutivos, incluyendo *Doctor Doolittle*, con Rex Harrison, *Star*, con Julie Andrews (luego de su gran éxito *La novicia rebelde*) y *Helio Dolly* con Barbra Streissand. Sin embargo, los superhits considerados "cosas seguras" prácticamente podrían haber hecho quebrar a la compañía si no hubiera sido por una idea tardía y barata (que muchas veces casi fue cancelada por hacer economías) llamada *El planeta de los Simios*. *La guerra de las galaxias* constituiría más tarde un milagro similar para el estudio. Esta experiencia no es poco corriente en los negocios exitosos, tal como un ejecutivo de vestuario lo manifestó al *Wall Street Journal*: "Todos alaban los métodos minuciosamente probados y la planificación de largo alcance. Pero los movimientos más exitosos son con frecuencia respuestas en el lugar a situaciones completamente inesperadas, que llevan a una compañía a posiciones que nunca antes habían imaginado".¹⁰

En este aspecto la microeconomía converge con la maeroeconomía, la economía de una empresa con la economía de la nación. La imposibilidad de predecir establece la apertura como principal requisito previo para el crecimiento, y exige flexibilidad como una clave para la planificación exitosa. Los sistemas cerrados de empresa pueden a veces tener éxito en el manejo de mercados o gobier-

10 Richard Salomón, "Seat of the Pants", *The Wall Street Journal*, 3 de marzo de 1978, p. 12.

nos, al lograr crecientes aumentos de productividad, o al iniciar las innovaciones de otros. Pero estos sistemas rara vez generan nuevas empresas o un crecimiento sustancial.

Aaron Wildavsky en un famoso estudio de los programas nacionales no pudo encontrar ningún éxito verdadero en parte alguna.¹¹ Desde Francia hasta las Filipinas, los programas son propuestos, alabados insinceramente y, luego, ridiculizados. Los países como Taiwán y Costa de Marfil, que dejan lugar para nuevos negocios privados y no controlados, crecen más rápido que sus vecinos centralizados. A fines de la década del 70, mientras muchas economías europeas centralmente dirigidas y financiadas se estancaban, Italia, con su caótico gobierno y aleatorio sistema de tributación, acomodo un inmenso y próspero mercado negro de textiles, calzado e incluso repuestos de autos en subterráneos y buhardillas abandonados, lo que subió el producto nacional en casi un tercio. Con este "laboro nero" como un sector líder del crecimiento, la economía de Italia tuvo mejores resultados que Gran Bretaña y Suecia con sus fuerzas de trabajo sindicalizadas, "contratos sociales" y ejércitos de conciencizados burócratas.

El centro de la prosperidad subterránea de Italia, hecho bastante irónico, era la provincia comunista de Emilia Romana. Tal como lo señalo la revista *Forbes*: "Bajo una apariencia pública de colectivismo, existe un burbujeante sector empresarial libre, probablemente tan productivo y floreciente como sus equivalentes en los paraísos derechistas tipo Hong Kong o Singapur. E. . . incluso los políticos comunistas lo reconocen como un motor de la recuperación económica del país".¹²

Sin embargo, para que se inicie el crecimiento económico es necesario algo más que un sistema de apertura y de impuestos bajos. Durante la mayor parte de la historia humana los impuestos han sido bajos y los gobiernos incompetentes, sin que eso fuera suficiente para crear empresas. En realidad, la empresa parece más improbable donde es más necesaria: en una economía deprimida o en desarrollo, con una demanda "baja" y poca evidencia de oportunidades. La forma en que estas nuevas empresas surgen bajo estas condiciones constituye una interrogante fundamental de la economía. En un intento por responderla, David McCord Wright ha especulado sobre las razones por las que un "cervecero, por ejemplo, construiría una nueva fábrica de cerveza, incluso a pesar de que el volumen total de las ventas de cerveza, o el precio de la cerveza, o ambos factores, estuvieran bajando. Hay tres razones para ello: la mejor cerveza, la cerveza más barata y . . . el "cervecero testarudo" que "simplemente puede pensar que es más astuto que el mercado. . ."

11 Aaron Wildavsky, "Does Planning Work?" *The Public Interest*, N° 24 (Verano 1971), pp. 95-104.

12 Barbara Ellis, "Italy's Prosperous Anarchy", *Forbes*, Vol. 123, N° 7 (2 de abril 1970), pp. 39-37.

Su oferta puede crear demanda de acuerdo con la Ley de Say. "Es innegable que su coraje y el estímulo de la construcción que está realizando pueden hacer que la economía se expanda una vez más".¹³

El cervecero testarudo es esencialmente responsable del acelerador empresarial que Hirschman y Sawyer descubrieron en el desarrollo económico de los Estados Unidos en el siglo XIX. Durante este periodo crucial "la sobrestimación colectiva" de los retornos "hacía acelerar los procesos de crecimiento y, con frecuencia, en diversa medida, producía el resultado"¹⁴ que mirando hacia atrás daba validez a las sobrestimaciones iniciales. Este fenómeno va a la esencia del desarrollo económico.

David McClelland resume el punto en relación con la construcción de ferrocarriles en el continente americano:

Cuando se construyeron los ferrocarriles difícilmente pudieron ser justificados en términos económicos, tal como lo demostró más tarde la ruina de muchos de los accionistas. Además, nunca habrían sido económicamente justificados si el país no hubiera estado lleno de miles de pequeños empresarios que repetidamente sobrestimaban sus posibilidades de éxito, pero que colectivamente se las arreglaban para colonizar y desarrollar el Oeste mientras muchos de ellos individualmente fracasaban.

. . . es difícil explicar en términos económicos racionales por qué se establecieron los colonos en el Mediooeste en los años 1860 y 1870. Trollope (1862) en sus viajes río abajo del Misisipi no podía dejar de maravillarse ante gente que, conociendo algo mejor, elegía voluntariamente vivir bajo condiciones tan primitivas en cuevas o chozas inmundas. Los veía trabajando desde el alba hasta el anochecer sólo para subsistir y sin ninguna perspectiva inmediata en cuanto a un mejor destino. Pero eran entusiastas respecto del futuro y no querían volver a la "civilización" a pesar de no tener ninguna razón apremiante para dejarla en primer lugar. Su comportamiento es más impresionante al compararlo con los pueblos de Sudamérica y de Java que se negaban a dejar los densos centros urbanos por tierras fértiles y no colonizadas relativamente cerca.¹⁵

13 David McCord Wright, "Mr. Keynes and the Day of Judgment", *Science*, N° 128 (1958), pp. 1258/1262.

14 John E. Sawyer, "Entrepreneurship in Periods of Rapid Growth", en *Entrepreneurship and Economic Growth*, mimeografiado (Cambridge, Mass: Social Science Research Council and Harvard University Research Center in Entrepreneurial History, 1954), p. 4; citado en David C. McClelland, *The Achieving Society* (New York: Irvington Publishers Inc., 1976), p. 222.

15 McClelland, *The Achieving Society*, p. 13.

Actualmente, un desafío similar de las probabilidades impulsa la creatividad económica en los Estados Unidos. El *Internal Revenue Service* calcula que alrededor de 4.700 pequeños fabricantes surgen cada semana en este país, mientras que otros 4.500 fracasan. Más de dos tercios de todas las nuevas empresas quiebran dentro de cinco años, y el empresario pequeño promedio gana menos que un recolector de basuras de Nueva York.¹⁶ De los miles de inventos posibles, una veintena son probados por la empresa y sólo unos pocos de estos son un éxito económico. Según algunas estimaciones, el 90% de los libros sobre comercio, con tapas duras, hace perder dinero al editor; una mayor porcentaje aún significa una pérdida neta para el autor; y una cantidad mayor aun, que significa muchísimos meses y años de trabajo, no son jamás publicados. Pero esta pérdida e irracionalidad son el secreto del crecimiento económico. Como nadie sabe qué nueva empresa tendrá éxito ni qué número ganará la lotería, una sociedad dirigida por el riesgo y la libertad en vez del cálculo racional, una sociedad que se abre al futuro en vez de planificarlo, puede ocasionar un interminable torrente de invenciones, negocios y arte.

Para tener crecimiento, la apertura debe estar unida con una especie de obstinación, con algunos "espíritus animales" keynesianos, y con un optimismo y deseo de riesgo esenciales. Para escalar el cerro, una persona debe atreverse primero a atacar el refugio del enemigo. El heroísmo, el deseo de lanzarse a lo desconocido, con la esperanza de que otros lo sigan, es indispensable para todo logro humano importante. En realidad estas cualidades humanas han sido evidentes durante la mayor parte de los períodos de progreso, bajo la mayoría de los sistemas sociales y de gobierno. Pero estas son supremamente las cualidades humanas del capitalismo.

El intento del Estado benefactor de impedir, suprimir y eliminar los riesgos e incertidumbres de nuestras vidas —para domesticar el factor inevitable de lo desconocido— viola no sólo el espíritu del capitalismo sino también la naturaleza del hombre. Hasta las sociedades más primitivas inventan formas de juego (en muchas partes, los dados existieron antes que la rueda). El gobierno dedicado a suprimir la incertidumbre tendrá siempre que reprimir o canalizar el deseo de riesgo del hombre. Con frecuencia, esto tiene por efecto el sacarlo forzosamente de caminos positivos y creativos hacia otros destructivos y negativos.

En este país, el impulso al juego y al riesgo es con frecuencia desviado de la economía y la vida seria, a la fantasía y la frivolidad —juegos y apuestas— o desviado de la actividad productiva hacia asaltos de las cortes de justicia contra lo productivo. Una de las

16 David E. Gumpert, "Future of Small Business May Be Brighter Than Portrayed", *Harvard Business Review*, Vol. 57, N° 4 (julio/agosto 1979), p. 179, y J. Tom Badgett "Will OEC and Be the Final Winners?" *Kilobaud*, N° 22 (octubre 1978), p. 80.

mejores formas que quedan de "hacerse la América" —la mejor escena que queda para el juego, con las probabilidades contra lo productivo amontonadas como nunca antes por el gobierno— es el juicio civil: procedimientos ilegales, responsabilidad sobre producto, discriminación, antimonopolio, difamación, contaminación, cualquier cosa que sea. El gobierno ha creado una serie de apuestas nuevas, abiertas a quienes desean hacer apuestas altas y a los bufetes de abogados que se unen en la nueva Champerty (ayuda ilegal a un litigante a cambio del reparto de los bienes).

Entre las oportunidades más perjudiciales para hacer ganancias está el juicio por responsabilidad sobre el producto. Bajo la ley de compensación del trabajador, un empleado puede demandar al fabricante original de la maquinaria, sin importar cuán vieja sea, cuán modificada esté, o con qué frecuencia sea revendida. Las compañías pequeñas se ven especialmente perjudicadas, con tasas de seguro anuales que suben cien veces o más y que sacan a muchas firmas del negocio. En bastantes casos, las víctimas de tales pleitos y tasas de seguros son hombres de ingenio y coraje que se atreven a arriesgar su propio dinero para ofrecer un nuevo producto o servicio al público. A riesgo del productor es la nueva regla.

Para los ciudadanos sin los medios ni la inclinación litigiosa para demandar como forma de ganarse la vida, el Estado sabiamente está instalando sus propias loterías más simples, abriendo en todos los vecindarios tiendas para el impulso al juego, publicando en carteleras los juegos del gobierno. Y en todas partes repite la insidiosa mentira de que su lotería proporciona un mejor negocio ("donde nadie tiene una mejor oportunidad que usted"), una oportunidad más justa que las continuas y verdaderas loterías de la vida de la clase baja; que es más prometedor hacer sus apuestas en *The New York Bets* que en la economía de los Estados Unidos. Con esto se trivializa y quita valor al deseo de riesgo y trabajo que es la única esperanza verdadera de los pobres.

De igual modo con los ricos, el gobierno hace la dudosa afirmación de que puede usar la riqueza más productivamente que un capitalista libre; de manera que su política tributaria aumenta las probabilidades siempre adversas de la empresa hasta el punto en que deja de tentar al inversionista. Mientras el pobre oscila entre el bienestar y la lotería del Estado, el rico alterna entre el juego personal y los bonos municipales. El margen del progreso —la frontera de la economía— puede ser cerrado por la tributación y burocracia obtusa.

La mayor parte de la actividad redistributiva se basa en graves malinterpretaciones de la naturaleza y las fuentes de la riqueza y la innovación. Considerando los altos niveles de suerte evidentemente involucrados en cada éxito comercial, muchos funcionarios e intelectuales llegan a concluir que la mayor parte de las grandes ganancias de capital son en un sentido no ganadas y no anticipadas, y no son un factor en la motivación personal ni

en la asignación eficiente de recursos. Dos de los pensadores izquierdistas líderes de la nación, Lester C. Thurow y Christopher Jencks, culminaron sus ambiciosos estudios sobre la desigualdad concluyendo que el factor suerte es fundamental en la mayoría de las fortunas, grandes y pequeñas. El beneficiario, como el ganador de una rifa, estaba en el lugar correcto en el momento correcto, y en un sistema racional no se le permitiría convertir su suerte en poder económico real, al igual que los innumerables perdedores no deberían sufrir por sus pérdidas más que una responsabilidad limitada.

Existen muchos problemas con este enfoque. El primero es que estos economistas usan la suerte como una especie de categoría residual, que contiene todos los factores que ellos no comprenden. Debido a que es mucho lo que no comprenden en economía, naturalmente exageran la importancia de la suerte.

Un error más grave es, sin embargo, una mala interpretación de la naturaleza del cambio en sí. Con frecuencia, los críticos del capitalismo imaginan haber descubierto un importante escándalo sobre el sistema al revelar su dependencia fundamental de la suerte: su distribución de los beneficios y su obtención de riquezas mediante procesos no predecibles e irracionales, su parecido en algún nivel con una lotería. Para muchos economistas, la suerte es algo malo, arbitrario, fortuito; un descenso a una falta de propósitos o caos y un campo para las correcciones del gobierno. En el mejor de los casos, haciendo una rebuscada analogía darwiniana, a los acontecimientos aleatorios tan frecuentes en una empresa exitosa se les asigna el rol de "mutaciones" producidas al azar, que son "seleccionadas" cuando se adaptan especialmente a su ambiente. Esta teoría explica las estructuras dinámicas y complejas del capitalismo no mejor de lo que comprende la plenitud pródigamente diversa del mundo natural.

Sin embargo, la suerte no es el reino de lo anárquico ni fortuito, sino el área de la libertad y la condición de creatividad. Escudriña el orden fundamental y trascendente del universo. La llamamos suerte porque está más allá del conocimiento de los procesos racionales ordenados, parte del reino de "lo misterioso" que Einstein llamaba "la cuna del verdadero arte y la verdadera ciencia".¹⁷ Cuando Hirschman escribe que la "creatividad siempre llega como una sorpresa para nosotros",¹⁸ está reconociendo esta cualidad esencial de la invención. Todo intento por reducir el mundo a las dimensiones de nuestro conocimiento excluirá la novedad y el progreso. El ámbito de la suerte es nuestro acceso al porvenir y la providencia.

17 Albert Einstein, *The World As I See It* (Londres: John Lane, 1935); citado en A. P. French, ed., *Einstein: A Centenary Volume* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1979), p. 304.

18Hirschman,*Hiding Hand*, p.13.

El capitalismo tiene éxito porque da cabida a la suerte y así armoniza con la realidad de la situación humana en un universo fundamentalmente incomprensible pero, sin embargo, providencial. Los economistas que intentan desterrar la suerte mediante métodos de administración racional también destierran las únicas fuentes de triunfo humano. No es coincidencia que los analistas sociales y económicos más pesimistas sean los defensores de los sistemas de planificación radicales y amplios.

En 1979, John Kenneth Galbraith prácticamente perdió las esperanzas en cuanto al desarrollo económico de gran parte del Tercer Mundo. Según Galbraith, el principal obstáculo al progreso es lo que denomina la "adaptación" de los pobres a su situación difícil. No se opone a esta actitud. Encuentra en ella una "negativa razonable a luchar contra lo imposible. . . Ellos aceptan (su pobreza). Esta aceptación no es un signo de debilidad de carácter, sino más bien una respuesta profundamente racional".¹⁹ Galbraith está exactamente en lo correcto. En la medida en que los hombres son "profundamente racionales", el desarrollo económico parecerá "imposible" y no se producirá. En cambio, tal como lo demuestra Galbraith, persistirá "un equilibrio de pobreza"²⁰ y la mejor forma de escapar es emigrar al mundo industrial, que afortunadamente aún no ha aceptado plenamente la racionalidad de la resignación.

Sin embargo, existe un movimiento de economistas y sociólogos que insiste también en la "adaptación" de Occidente. En particular, los neomalthusianos o los adventistas del juicio final recitan, con tono de revelación ominosa, las conocidas matrices de desesperación racional. El economista Robert Heilbroner pronostica el despotismo y la guerra como los resultados más seguros. Marwin Harris, postulando la antropología como la verdadera ciencia de la desesperanza, propone una perspectiva de canibalismo e infanticidio (un panorama que mejora, sin embargo, con el posible término del sexismo).

En dos libros, Barry Commoner ha popularizado una teoría de fatalidad biológica, el círculo que se cierra de los límites ecológicos del crecimiento, que exige la adopción de la planificación socialista en los Estados Unidos para evitar las catástrofes familiares. En conjunto, *The Limits to Growth* puede haber sido revisado y corregido por sus autores en el acomodado y prestigioso Club de Roma, pero sigue siendo el libro más importante de nuestro tiempo. Si bien sus gráficos y estimaciones han sido desacreditados, su trayectoria y simbolismo emocional estaban misteriosamente en lo correcto, y ha repercutido en nuestra cultura y política desde su publicación.

19 John Kenneth Galbraith, *The Nature of Mass Poverty* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1979), p. 62.

Estas actitudes, con todos sus atractivos para la América secular, son francamente fatuas. Los grandes descubrimientos económicos y tecnológicos siempre parecen imposibles en el cálculo de la racionalidad cerrada. Cualquiera que tenga la más mínima familiaridad con la historia de alguna ciencia o del capitalismo sabe que los analistas líderes, generación tras generación, han pronosticado siempre el agotamiento del dinamismo capitalista y el término del progreso tecnológico.

En el siglo XV, el arco largo -con su cantidad ilimitada de municiones, su rápida capacidad de descarga (12 tiros por minuto) y su largo alcance de unas doscientas yardas- fue considerado como el arma máxima. Los intelectuales líderes del siglo XVII imaginaban que todos los inventos posibles ya se habían realizado.²¹ En el siglo XVIII, incluso el mismo Adam Smith pronosticó la caída del capitalismo a un Estado estacionario. Sismondi pensó que el desarrollo económico estaba completamente finalizado en 1815²² y John Stuart Mill supuso que habíamos llegado al término del camino en 1830.²³ En 1843, el comisionado de Patentes de los Estados Unidos pensó que el torrente de invenciones podría "presagiar (una época) en que el progreso humano debía terminar".²⁴ Alvin Hansen y una veintena de otros economistas pronosticaron estancamiento socialista como la perspectiva humana más probable después de la segunda guerra mundial. Incluso Thomas Edison creía que todos los principales inventos ya se habían realizado durante su vida.²⁵

Década tras década, los expertos han pronosticado el agotamiento, primero de la madera como combustible, luego del carbón y ahora del petróleo y el gas. Actualmente, cuando existe una variedad de nuevas fuentes de energía disponibles o en perspectiva mayor que nunca antes en nuestra historia, y cuando todavía es mucho el combustible fósil que queda por explorar en el mundo, ya que lo que se ha explorado hasta ahora no equivale ni a la décima parte de lo que han explorado los Estados Unidos, predomina la idea de que se está agotando la energía y que debemos volver a la

21 Michael W. Watts, "Mercantilism and the Great Chain of Being", monografía no publicada, Department of Economics, Universidad de Purdue.

22 Citado en Thomas Sowell, "Economics and Economic Man", en Irving Kristol y Paul Waver, eds., *The Americans, 1976: Critical Choices for Americans*, Vol. 2 (Lexington, Mass: D. C. Heath & Co., 1976), pp. 191/209.

23 John Stuart Mill, *Principles of Political Economy* (Toronto: University of Toronto Press, 1965); publicado por primera vez en 1848. Mill escribió: "Es sólo en los países atrasados del mundo que el aumento de la producción es aún un importante objetivo: en los más avanzados lo que es necesario económicamente es una mejor distribución. . ."

24 Stuart Bruchet, *The Roots of American Economic Growth, 1607-1861*, Torchbook ed. (Nueva York: Harper & Row, 1968).

25 Nathan Rosenberg, *Technology and American Economic Growth* (White Plains, N. Y.: M. E. Sharpe, Inc., 1972), p. 14.

dependencia preindustrial del viento y el sol. En una época en que se están produciendo nuevas tecnologías radicalmente importantes en todas partes, los expertos líderes imaginan que estamos entrando a una crisis tecnológica, un período de retornos científicos decrecientes. Tales opiniones son apropiadas para análisis no en las universidades (donde generalmente prevalecen) sino que en la consulta del siquiatra.

La fuente más evidente para tales creencias es el ciclo de vida individual. Dado que los seres humanos se agotan y decaen a medida que envejecen, tienden a pensar que a las sociedades les ocurre lo mismo. Es una especie de patética falacia: la atribución de las características humanas individuales a grandes fenómenos de grupo. Además, a muchos intelectuales les gusta suponer que la evolución humana ha alcanzado un pináculo supremo con sus propias publicaciones, y que nada muy importante les seguirá. A medida que envejecen pierden la pista de los nuevos acontecimientos y les resulta más fácil desecharlos que tratar de conocer a fondo sus consecuencias.

Sin embargo, el principal problema es una profunda incomprensión de la situación humana. La vida humana misma, desde toda perspectiva científica y racional, es indisciplinadamente inverosímil, en realidad, imposible. La civilización moderna es contingente y problemática sin esperanza, está sujeta a la destrucción en cualquier momento debido a posibles cambios climáticos, accidentes astrofísicos, plagas genéticas, explosiones nucleares, convulsiones geológicas y transformaciones atmosféricas, todas catástrofes concebibles que se originan más allá del conocimiento de un remedio o control posible.

A la gente le gusta hablar del "delicado equilibrio" de la naturaleza, como si el orden natural actual representara cierto consumo estático en vez de una continua lucha por la supervivencia. La historia natural es una epopeya no del equilibrio sino de cambios convulsivos, aniquilando especies completas a diestra y siniestra, transformando continentes, extirpando montañas e inundando amplias llanuras y valles. No existe un equilibrio en ecología como tampoco en economía. Todo estado estático está condenado al desastre. Nuestra supuesta crisis actual de energía y de proteína palidece ante la continua crisis de la misma existencia humana.

En todo momento de la historia humana, un cálculo racional de nuestras perspectivas llevaría a un pronóstico de fatalidad. Pero durante los milenios la raza ha florecido: ha prosperado, pero principalmente con una condición, una serie de condiciones, combinando la fe y la libertad con el riesgo y el trabajo. Principalmente cuando perdemos las esperanzas con respecto a la suerte y la providencia, cuando tratamos de calcular y controlar nuestros propios destinos mediante una máxima regulación por parte de un estado todopoderoso, es cuando se produce el desastre.

El terrible catálogo de Marwin Harris acerca del auge y la caída de sociedades anteriores dramatiza esta realidad.²⁶ Describe un ciclo repetidamente vicioso del crecimiento de la población y el agotamiento de los recursos. El climax empieza siempre con una intensificación de la actividad productiva, seguido por un aumento aun más rápido de la población, y por aspiraciones industriales, agrícolas y de búsqueda tomadas más allá del punto de los retornos decrecientes. El resultado habitual es una escasez de proteína y otro sustento, y el surgimiento de órdenes sociales cada vez más brutales, marcados por la guerra y el infanticidio, y que conducen en último término al canibalismo y otra brutalidad por el estilo.

Las peores de todas las sociedades que describe eran las dictaduras hidráulicas, que surgieron en cuencas de ríos u otras regiones cerradas y crearon inmensas burocracias y movilizaciones masivas para construir y administrar grandes plantas de agua y proyectos de regadío. Aun cuando Harris no subraya este punto, el resultado es el compromiso de todo el orden social con rígidos sistemas burocráticos y administrativos, que responden a la agravante crisis subiendo los impuestos y aumentando los controles. Toda nueva medida de desesperación tomada por los poderes dominantes aumenta aun más los obstáculos a la innovación y el progreso y hace que el desastre final sea aun más inevitable.

Sorprendentemente, sin embargo, Harris termina su libro pidiendo regulación y controles extensivos para hacer frente a la nueva crisis de escasez en América. Ve pocas posibilidades de solucionar los problemas como hombres libres. Lo que no comprende es que los descubrimientos visiblemente posibles, los recursos claramente disponibles, han sido siempre medidos y desestimados. En todo momento de la historia de la raza, el futuro se ha presentado desesperanzadamente sombrío, inhabitable por humanos libres. Todos los programas basados en lo calculable en el presente, en las estadísticas existentes, necesariamente suponen un campo cada vez menor de elección, una reducción de las posibilidades, un agotamiento de los recursos, una disminución de los retornos, entropía y decadencia.

Para combatir estas exigencias, el planificador verá siempre una necesidad de regulación cada vez más intrusa e íntima, que invade la familia y el hogar. Finalmente, a medida que se agotan las reservas, el planificador se transformará en un tirano y asesino, el Moloc del círculo que se cierra.

Al igual que las dictaduras antropófagas del reino azteca y los demás monstruosos despotismos hidráulicos descritos por Harris, un Estado que responde con confiscación y coacción a la inevitable crisis del cierre del círculo, las inexorables presiones de la población contra la tierra, termina consumiendo a su propio pueblo. Las tasas de impuestos suben y los niveles de capital descienden, hasta que

26 Marwin Harris, *Cannibals and Kings: The Origin of Cultures* (Nueva York: Random House, 1977).

la única riqueza que permanece fuera del alcance del régimen es la misma proteína de la carne humana, y esa también es finalmente tributada, limitada y amordazada, y traída al templo colosal del Estado, un sacrificio final de ingresos carnales para alimentar a la élite en decadencia. Este es el destino de toda dictadura, a menos que sea salvada por la bendición no aguardada, la afortunada caballería de la providencia que espera sólo el clarín de la libertad y de la fe.

Leszek Kolakowski, un filósofo polaco expatriado, en otro contexto, ha hecho una buena descripción de la esencia de la situación humana. Estamos en un convoy, leve pero debidamente equipado para cruzar una extensión de desierto si todo sale bien. Pero no es así. Malinterpretamos los mapas y nos extraviados. Se producen tormentas de arena. Los camellos se detienen. Se nos acaba el agua. Pero tenemos una esperanza, una fe en la providencia, un "mito". Nuestra fe llama una especie de

Fata Morgana que hace aparecer hermosas tierras ante los ojos de los miembros de la caravana, lo cual hace incrementar esfuerzos hasta el punto en que, a pesar de todos los sufrimientos, llegamos hasta el próximo pequeño depósito de agua. Si no hubieran aparecido esos tentadores espejismos, la agotada caravana habría perecido inevitablemente en la tormenta de arena, sin esperanza.²⁷

Esta es una imagen poderosa y ricamente sugestiva, pero no creo que el punto sea exactamente correcto. No necesitamos "mitos" tanto como necesitamos creencias religiosas, las cuales, por toda su dudosa "irracionalidad", poseen en sus simbólicas profundidades la mayor de las verdades pragmáticas e históricas. Ellas nos dicen que los hombres libres, con fe en el futuro y comprometidos con éste, tendrán éxito.

3 La Necesidad de la Fe

Nuestro Problema Principal surge de un conflicto profundo entre los procesos del progreso material y los ideales de cultura y gobierno "progresistas". La igualdad, racionalidad burocrática, capacidad de predicción, liberación sexual, "populismo" político y búsqueda del placer —todos los valores de la cultura desarrollada— son en verdad bastante inconsistentes con las disciplinas e inversiones del progreso técnico y económico. El resultado es que los gobiernos modernos fingen fomentar el crecimiento económico, pero en la práctica se oponen persistentemente a él.

27 Leszek Kolakowski citado por Albert Hirschman en *Hiding Hand*, pp. 22-23.

El progreso material es ineludiblemente elitista: hace a los ricos más ricos, aumentando su cantidad, ensalzando a los pocos hombres extraordinarios que pueden producir riqueza sobre las masas democráticas que la consumen. El progreso material depende de la expansión de la oportunidad: los genios se identifican principalmente por sus obras y no por su patrimonio ni calificaciones obtenidas en pruebas. El progreso material es difícil, pues exige a sus protagonistas largos años de esmero y sacrificio, devoción y riesgo que pueden lograrse sólo con altas recompensas, no "el rendimiento promedio sobre el capital". A pesar de ser democráticamente demandado, el progreso material no es democrático en su procedimiento: significa el costoso apoyo de actividades completamente fuera del conocimiento de la gente, y con frecuencia incluso de los líderes. El progreso material es radicalmente imposible de predecir (el pronosticar una innovación es en esencia realizarla): los acontecimientos más importantes ocurren en un límite en que las cosas empiezan a escapar ligeramente de control para siempre. El progreso material se opone a la economía científica, pues no se le puede explicar ni pronosticar en términos matemáticos ni mecanicistas.

Todos quienes buscan un mundo racional y fácil de predecir —un sistema de administración y control científicos— pueden lograrlo sólo frustrando el progreso científico y material. Un mundo sin innovación sucumbe ante las leyes infalibles del deterioro y la decadencia. A medida que los recursos disminuyen según lo pronosticado, los gobiernos extienden sus controles. La distribución se vuelve de suma importancia y la planificación surte efecto. Incluso una certidumbre tan pesimista como ésta parece mejor para muchos que la noción de una lucha continua e incalculable para extender el dominio del hombre sobre la naturaleza y aumentar la riqueza material.

Es la idea de la futilidad económica —no del crecimiento capitalista— la que da libertad para la cultura del hedonismo y la sensualidad. En un mundo imperfecto y sufriente, la posibilidad de progreso implica una responsabilidad para tratar de alcanzarlo. Sólo en un mundo de "límites al crecimiento" socialmente controlados, donde el esfuerzo, la iniciativa y la creatividad humanas nunca pueden prevalecer por mucho tiempo sobre la pobreza y el sufrimiento superfluos, el ideal progresista de liberación sexual, ocio, redistribución y placer sensual puede perder su carga de decadencia e injusticia.

La ilusión del estancamiento inspira al político tanto como al hedonista. Sólo en una economía estacionaria el gobierno puede dejar de referirse a los científicos, tecnólogos y empresarios como los héroes de la época. En el Estado estacionario, todo lo que importa son las obras del poder y la burocracia: comportamiento masivo y su regulación. La conservación, la distribución y el control se transforman en valores cruciales. Los economistas también en-

cuentran su plena justificación. Sin las sorpresas de la creatividad, sus modelos pueden realmente predecir el futuro.

En un mundo sin crecimiento material, la pobreza aumentará prácticamente en todas partes. Pero los expertos llegarán con nuevos fundamentos a ignorar, en todo excepto retórica, la situación de la pobreza mundial. Al igual que las supuestas leyes de la economía clásica condenaban a los trabajadores a salarios de subsistencia, las nuevas leyes de la ecología contemporánea los condenan a una economía mundial estancada. Ninguna ley ricardiana de las rentas, ningún ciclo malthusiano de la población, fue alguna vez tan fríamente implacable en su rechazo de los sueños de los pobres como el Closing Circle (Círculo que se cierra), de Commoner.

La nueva ciencia desesperanzada de la pobreza permanente —divulgada en salones de moda y oficinas de fundaciones en todo el país— se basa principalmente en el concepto de un mundo en deterioro, regido por el concepto de entropía. La teoría de la entropía pretende ser progresista, ya que es presentada como una forma de rebatir la teoría clásica mecanicista de la competencia perfecta. Supuestamente el pilar del capitalismo, este concepto apela al universo abstracto y eterno de la primera ley de la termodinámica, donde nada cambia fundamentalmente ni se deteriora. El mundo real, según los teóricos de la entropía, es un mundo de tiempo irreversible, regido por la segunda ley de la termodinámica: la ley de la entropía, es decir, la tendencia de la energía (negantropía) a disiparse totalmente en entropía a medida que se usa. Dado que el calor se desplaza solamente en una dirección, hacia los cuerpos más fríos, y una vez que se ha perdido es imposible recuperarlo, el universo está finalmente condenado a muerte entrópica. Tal como Clausius lo manifestó: "La entropía del Universo tiende hacia un estado máximo".

Dicho en forma más sencilla, todo está disminuyendo y se agota. La energía, la tierra, la proteína, el acero —todo lo que se mencione—, se está deteriorando en gases tibios. Esto significa que cada vez es más costoso obtener combustible, tanto en dinero como en BTUs (British thermal units) gastados en su extracción. De ahí que la inflación, como una rebelión de la biosfera ante las crecientes exigencias hechas contra ella, sea considerada esencialmente como un problema ecológico. Con su imperativo de crecimiento, el capitalismo puede ser presentado como una violación de la misma ley de la naturaleza.

En sus propios y sencillos términos científicos, esta teoría adolece de un marco de tiempo más bien extendido. Aún tenemos cientos de años de combustibles fósiles, es probable que incluso de petróleo y gas, y mil millones de años de luz solar negantrópica. Pero deberíamos principalmente escuchar no las palabras sino la música y reconocer que, a pesar del pretexto de la ciencia, la teoría de la entropía es esencialmente una metáfora. Presta a la crítica habitual al capitalismo una poesía trágica que apela a las clases altas

conservacionistas, preocupadas al mismo tiempo por la lucha por mantener su riqueza en una época inflacionaria y por las profecías marxistas de la lucha de clases.

Metáfora o no, la teoría de la energía es la última de una larga serie de intentos por equipar a la economía con el ropaje oficial de las ciencias físicas. Por siglos, desde la teoría cuantitativa del dinero, que debido a todos sus usos David Warsh ha demostrado que es un dudoso corolario de la ley de los gases de Boyle, hasta la teoría clásica del valor como una interacción newtoniana de ecuaciones matemáticas, los economistas han tratado de prestar a sus descubrimientos el aparente orden y certidumbre de la física y la química. Estos esfuerzos siempre fracasan por muy buenas razones.

Dado que las economías están gobernadas por los pensamientos, éstas no reflejan las leyes de la materia sino de la mente. Una ley fundamental de la mente es que la creencia es anterior al conocimiento. El nuevo conocimiento no viene sin un salto de hipótesis, una proyección del sentido intuitivo. La lógica de la creatividad es "saltar antes de mirar". No se puede ver absolutamente nada nuevo desde un lugar antiguo. El antiguo refrán "mirar antes de saltar", asegura sólo la continua "elaboración y refinamiento de las viejas ideas comprendidas en la mayor parte del saber (y la mayor parte del "progreso industrial" en compañías grandes y estáticas).

De igual modo, el concepto de la teoría de la información en economía carece del salto de sorpresa necesario en toda innovación radical. La idea de que la empresa puede comprar conocimiento como cualquier otro factor de producción, hasta que su costo sobrepase su rendimiento, y que la empresa puede segura y sistemáticamente reunir hechos hasta que las perspectivas parezcan sólidas, ignora la diferencia principal entre el conocimiento y las demás cosas. Es el salto, no la mirada, el que genera la información decisiva; el salto en el tiempo y el espacio, más allá del enjambre de hechos observables, el que abre la perspectiva del descubrimiento.

Galileo dio inicio a la edad moderna de la ciencia no observando miles de trayectorias objetivas ni derivando de ellas la ley de la gravedad; más bien "Concebí como el trabajo de mi propia mente un objeto en movimiento lanzado sobre un plano horizontal y liberado de todo impedimento".²⁸ Liberado, eso es, de los hechos; liberado, por un salto de la imaginación, de las condiciones de todos los cuerpos reales en movimiento que son frenados a través del aire resistente. La imaginación precede al conocimiento. El pensamiento creativo no es un proceso inductivo en el que un científico acumula evidencia en forma neutra y "objetiva" hasta que se hace visible una

28 Citado en José Ortega y Gasset, *Man and Crisis* (Nueva York: W. W. Norton, 1958), p. 14.

teoría en él. Por el contrario, la teoría llega primero y determina qué evidencias pueden ser observadas.²⁹

La imaginación, intuición e hipótesis son simplemente los primeros pasos del saber. Dado que la mente humana es capaz de idear sin límites, el pensador debe seleccionar determinados conceptos en qué creer. Al igual que al elegir una mujer, un hombre debe confiar en su intuición, y actuar antes de poder saber realmente. La idea no se revelará completamente ni tampoco sus posibilidades hasta que el hombre confíe en ella y se comprometa con ella, ponga emoción en ella y —en un sentido— la ame. El pensamiento creativo exige un acto de fe. El creyente debe confiar en su intuición, en las creaciones espontáneas de su mente, lo suficiente como para perseguirlas con afán hasta el punto de la experimentación y el conocimiento.

El amor parece ciego para los observadores externos, pero los amantes saben que está guiado por una visión elevada y abre nuevos campos de conocimiento y creatividad. El compromiso puede crear su propia confirmación. Para el hombre que no se atreve a amar, el mundo parece estéril y sombrío, el futuro lleno de fatalidad. Es el amor y la fe que infunden vida y energía a las ideas.

De este modo, todo pensamiento creativo es en un sentido religioso inicialmente un producto de la fe y la creencia. Pero no todas las ideas (o mujeres) son correctas. El compromiso es necesario pero no suficiente. El fanático es quien se apodera de una idea e impone su voluntad en ella sin importar la respuesta del mundo ni los hechos. La sensibilidad a las respuestas, otro aspecto del amor, es decisiva para el pensamiento creativo. El pensamiento creativo debe estar abierto al cambio y la sorpresa. Otra forma de decirlo, sin noción alguna del dogma popperiano, es que las ideas deben ser "falsificables" (es decir, expresadas en una forma en que se pueda demostrar si son verdaderas o falsas). Debe existir un proceso de selección y descarte. Si no se pudiera abandonar las malas ideas, nadie se arriesgaría a comprometerse con ellas en un mundo incierto, y el progreso se detendría.

Pero, ¿cuál es la fuente de las ideas mediante las cuales ocurre el progreso tecnológico? La respuesta, podemos estar de acuerdo, es el azar. Las teorías surgen espontánea y misteriosamente, por intuición o casualidad. Este misterio constituye el problema crucial de la historia intelectual. Un racionalista secular desconfiará de un misterio y querrá desarrollar formas más automáticas y racionalizadas de progreso. Durante la historia del pensamiento, pero especialmente en la época moderna, los hombres han tratado de desarrollar sistemas de raciocinio independientes; que avanzan paso a paso mediante relaciones lógicas herméticamente selladas; que miran antes de

29 Como Tom Bethell lo ha señalado, "En el mundo hay muchos hechos dispersos, esperando ser capturados por una hipótesis". Respuesta a carta en *Harper's*, Vol. 258, N° 1545 (febrero 1979), p. 8.

saltar, reuniendo "datos" o evidencia "objetivamente" y deduciendo la teoría en forma inductiva. Los racionalistas siempre han querido reducir el proceso del pensamiento al ámbito del cerebro humano, con su estructura y experiencia demostrable, entregando ideas en los términos de la materia, regidas por leyes coherentes, incluso físicas. El positivismo lógico, la psicología del comportamiento, el freudianismo, el marxismo, la economía clásica, el neokeysianismo, el análisis de probabilidad bayesiano, la teoría de la información, la planificación socialista, todos representan formas, con diversos grados de convicción y flexibilidad, de excluir el azar y la novedad del comportamiento humano, tanto en la realidad como en teoría.

Todos estos movimientos rechazan la idea de que lo esencial del cambio y la creatividad sea el azar. Todos suponen que las nociones del azar son aleatorias y poco confiables puesto que, según ellos piensan, más allá del campo de la racionalidad humana existe un universo intelectualmente blanco e insensible. Al igual que los actualmente de moda teóricos de la entropía, el pensador moderno supone que el universo está esencialmente muerto. La mente humana es considerada como una conciencia solitaria que se estira para tomar los objetos más allá de ella y que, en último término, está regida por las cosas que refleja y recopila y por su propia sustancia y estructura: se sostiene que es parte de un sistema regido por las leyes físicas.

Este enfoque implica una falacia fundamental. Tal como el gran filósofo norteamericano Charles Peirce ha escrito, la materia está constituida por mente inerte o "perdida" (fallen). Está regida por leyes fáciles de predecir y calcular sólo porque está muerta y su futuro está dispuesto de antemano. Pero la esencia del universo es una conciencia creativa, que está continuamente generando nueva energía y pensamiento.

La mente humana no es necesariamente autónoma ni está limitada al cerebro individual. La mente tiene acceso a una conciencia más elevada, a veces anómalamente, según Jung, denominada un inconciente colectivo, en ocasiones definido como Dios. Cuando la mente de una persona se une con la conciencia viva que es la materia ulterior del cosmos, se encuentra con nuevas verdades, vislumbra las nuevas ideas —las proyecciones de la luz en el futuro desconocido— mediante las cuales ocurre el progreso intelectual.

Sin embargo, todos los hombres se acobardan ante este pavoroso contacto con el misterio y poder cósmico. Es atemorizante dejar el ámbito del cerebro humano, su pequeña riqueza de experiencia, sus cómodos instrumentos de razón, y lanzarse al reino de la trascendencia oculta donde es posible encontrar toda la creatividad y la luz verdadera. Además, si la idea es realmente nueva e importante, provocará el rechazo de muchas otras ideas conflictivas, o exigirá un mayor esfuerzo de síntesis paradójica. Nuevamente el cerebro se rebela.

Incluso los procesos creativos relativamente simples exigen un salto al vacío —una dependencia de la providencia incalculable— que desconcierta al hombre. Gran parte de la cultura moderna revela actitudes vanagloriosas, preocupaciones limitadas y mórbidas ansiedades de las mentes humanas heladas de temor en los umbrales de una conciencia superior. Dado que nadie puede escribir algo que valga la pena desde su propia base inmediata de conocimiento, el bloqueo del escritor es casi esencialmente una falta de fe, una renuencia a entregarse a un poder superior. De igual modo, los interminables tomos de sociología y economía matemática deben sus estériles obsesiones y banales resultados a la negativa de reconocer que toda creatividad requiere un salto de imaginación y fe. El inversionista que nunca actúa antes de que las estadísticas confirmen su elección, el atleta o político que no logra hacer su movida hasta que es demasiado tarde, el empresario que espera hasta que el mercado esté probado, todos están condenados a la mediocridad por su confianza en una falsa racionalidad y por sus vacíos de fe.

Tal vez la estratagema más característica de la ansiedad del umbral sea el plan detallado. En gran parte, los planes son la mitología de un mundo racionalista secular, los ritos supersticiosos mediante los cuales un gobierno, una empresa o un pensador adquieren la confianza para un acto redentor, la fabricación de productos que crean demanda, la adopción de una nueva idea que lanza una luz salvadora, un salto al vacío que produce conocimiento.

El proceso de intuición y fe es la fase inicial en la carrera de las ideas. Las nuevas ideas pueden envejecer fácilmente. Una vez percibidas en la intensidad de la nueva revelación, tienden a expandirse y difundir su luz, reuniendo cada vez más conocimiento y hechos, hasta que se consolidan en una generalización inmóvil similar a la materia. A medida que son elaboradas, las ideas se vuelven cada vez más rígidas y complejas, abarcando extensiones de conocimiento cada vez más grandes en una forma cada vez menos satisfactoria.

Se dice que cuando uno produce una solución indebidamente complicada a un problema, no se tiene una solución sino un nuevo problema. En muchos campos de la vida moderna, desde el Departamento de Energía hasta la teoría de desarrollo económico, podemos ver la elaboración de múltiples respuestas, amontonándose en una complejidad cada vez mayor, las que constituyen colectivamente el problema esencial de la época racionalista secular.

Pero una faceta final de la ley de la mente —tal vez la más importante de todas en nuestra encrucijada actual— es el rol de los problemas. Los problemas, dilemas y paradojas no son fuentes de desaliento ni frustración sino los estímulos necesarios del nuevo conocimiento y creatividad. La mentalidad racionalista secular ve los problemas, privaciones y paradojas como obstáculos para la realización y la verdad. Si una nueva idea parece contradecir una

antigua verdad, se desecha la nueva idea. Este es el método del pensamiento convencional, que produce sólo refinamientos y elaboraciones de ideas antiguas y prohíbe la realización de nuevas inspiraciones, formas de ver ambos lados de una paradoja en una luz diferente y reconciliadora.

La ley de la mente ensalza el conflicto y el problema como la condición invariable del conocimiento en un mundo que está de paso en el tiempo. Las privaciones no reprimen el pensamiento; apelan a la creatividad y obligan a recurrir a una trascendencia redentora. El problema puede incluso fortalecer la fe y liberar nueva energía y verdad. Un pensador que se atemoriza ante la paradoja y el conflicto está prácticamente impedido de innovar.

Las reglas más importantes del pensamiento creativo se pueden resumir como fe, amor, apertura, conflicto y "falsibiabilidad". Las reglas decisivas de la innovación económica y el progreso son la fe, el altruismo, la inversión, la competencia y la bancarrota, las cuales también son las reglas del capitalismo. La razón por la cual el capitalismo tiene éxito es que sus leyes concuerdan con las leyes de la mente. Es capaz de satisfacer las necesidades humanas porque se basa en el dar, que depende de la sensibilidad con respecto a las necesidades de los demás. Está abierto a la fe y a la experimentación pues también está abierto a la competencia y a la bancarrota. El capitalismo acumula las ganancias de capital de no sólo sus éxitos sino que también de sus fracasos, capitalizadas en nuevo conocimiento. Es el único sistema apropiado para un mundo en que toda la certidumbre es una farsa.

La dinámica del crecimiento económico está constituida así por el proceso fundamental de todo el crecimiento y desarrollo en la naturaleza y el pensamiento: un flujo principalmente espontáneo e impredecible de creciente diversidad y diferenciación y nuevos productos y formas de producción. Un negocio empieza con una nueva idea, por ejemplo, una mejor trampa para ratones, y se expande en una industria diferenciada de comercialización de trampas para ratones, mantención e higiene, llevando a una proliferación de las actividades relacionadas con las trampas para ratones, desde trampas para comadreja hasta trampas para osos, desde veneno para ratones hasta artículos de uso doméstico de venta directa, tal vez culminando con una ruptura del pequeño imperio de alimento para ratones, vendiendo grandes Mickeyes para los adolescentes. El esquema de desarrollo es generalmente el mismo (las ideas tienen una tendencia inherente a separarse y especializarse a medida que se aplican). Pero el proceso es sin embargo imposible de predecir, lleno del misterio de todas las cosas vivas y en crecimiento (como las ideas y los negocios).

Para que este proceso fructifique en el sistema, debe haber actividad más allá del control del sistema. La nueva producción debe ser generalmente realizada por individuos cuyo trabajo e ideas no formen parte de una institución más grande (los fabricantes y

vendedores de trampas para ratones no verán con buena cara la desviación de sus ganancias hacia la cadena de alimentos preparados). Los individuos deben tener la posibilidad de encontrar su propia forma de dividir y especializar el trabajo al margen de las expectativas, formando y adaptando nuevos bienes y servicios. Estos individuos y sus nuevas ideas son las vías por las cuales un sistema económico crece y cambia; tales vías conducen a pequeñas empresas y nuevas actividades que se unen finalmente con otras en nuevos sistemas, los que se vuelven con frecuencia rígidos e insensibles, a menos que puedan continuar asimilando o lanzando nuevos productos y procesos. Es precisamente esta interacción bastante convencional, pero absolutamente decisiva del azar, el cambio y el crecimiento que los economistas con frecuencia ignoran.

Lo más importante que hay que destacar sobre este proceso es que la mayoría de sus actividades impulsoras ocurren fuera de la visión del experto en estadísticas. Es un drama personal y psicológico que decide si un hombre se atreve a endeudarse y correr riesgos para llevar a cabo una idea innovadora que según todas las estadísticas, probablemente, al igual que los dos tercios de todos los nuevos negocios en América, fracasará dentro de cinco años. Esta decisión se verá afectada por el gobierno y, en gran parte, desalentada por los altos impuestos y tasas de interés; pero expresará en esencia un impulso de fe, una confianza en el futuro y una sensibilidad a las necesidades de otros, aun cuando no estén establecidas. Los economistas que no creen en el futuro del capitalismo tenderán a ignorar la dinámica del azar y fe que determinará en gran medida ese futuro. Los economistas que no confían en la religión no lograrán comprender nunca las formas de culto mediante las cuales se logra el progreso. El azar es la base del cambio y el canal de lo divino.

La lotería es un hecho supremo de la vida desde el momento de la concepción biológica entre millones de espermios. Todos empezamos —en el mismo ADN (ácido ribonucleico) de nuestras existencias individuales— como ganadores de una apuesta contra astronómicas probabilidades. Incluso la biología, aparentemente la ciencia más determinista, es así en sus niveles más decisivos y profundos, estocástica y aleatoria en su visión del hombre.

Y sin embargo, todavía hay más que decir sobre esto. Peirce ha demostrado que el azar no sólo está en el centro mismo de la realidad humana sino que también es la fuente más profunda de la razón y la moralidad. En su volumen postumo, *Chance, Love and Logic*, escribió: "El primer paso en la evolución es poner los diversos pensamientos en situaciones en que estén libres para moverse. . . La idea de que el azar engendra el orden es la piedra angular de la física moderna"³⁰ y, podría haber agregado, de la biología tam-

30 Charles S. Peirce, *Chance, Love, and Logic: Philosophic Essays*, Morris R. Cohén, ed., con un ensayo suplementario sobre Peirce escrito por

bién. Pero el movimiento del azar hacia el orden y la verdad no está asegurado en el curso de una vida. Las probabilidades están contra cada individuo en las consecutivas loterías de su propia vida. No se puede demostrar que el azar tenga efecto excepto en el largo plazo de la aventura humana. En realidad, un cálculo racional de la ganancia personal impulsaría a un individuo a evitar el riesgo y a buscar la seguridad ante todo. En nuestro mundo de casualidad, comprometido con una visión secular, la mano invisible del interés propio aclamada por Adam Smith conduciría a un Estado benefactor siempre creciente, a la esterilidad. Esta es la raíz de nuestra crisis y la crisis de la economía clásica actualmente.

Por lo tanto, Peirce sostiene que tanto la evolución como el progreso, ya sea en la ciencia o en la sociedad, dependen de "una concebida identificación de nuestros intereses con aquellos de una comunidad ilimitada: reconocimiento de la posibilidad de este interés como algo que puede ser supremo, y esperanza en la continuación ilimitada de la actividad intelectual . . . La lógica está arraigada en el principio social. . ."³¹ La doctrina matemática de las probabilidades de Peirce lo lleva a pensar que toda la creatividad y descubrimiento humanos exigen la trascendencia de reducida racionalidad y una adopción de valores religiosos.

"Me interesa destacar", escribió este gran filósofo lógico, "que estos sentimientos parecen ser muy similares a aquel famoso trío de Fe, Esperanza y Caridad, que según San Pablo son los tres mayores y más hermosos regalos espirituales".³² Son regalos que actúan juntos para liberar a la humanidad de la esclavitud del poder y de la mano muerta del pasado y que nos abren a las posibilidades de lo divino.

La paradoja de la casualidad es que nuestras vidas, en la medida en que son libres y están abiertas al azar, también están predestinadas y determinadas. Estocástico significa "por probabilidad aleatoria" (by random chance) pero viene del griego "diestro en su objetivo" (skillful in aiming). En todas las sociedades, la persona afortunada es considerada como en cierto modo bendita. Su buena suerte —y redención de la sociedad— es providencia.

El peor acto de arrogancia que puede cometer un líder es separar a su pueblo de la providencia, de la prodigalidad milagrosa del azar, imponiendo un sistema cerrado de planificación humana. El éxito es siempre imposible de predecir y, de ese modo, un efecto de la fe y la libertad.

Todos los pioneros, desde poetas y compositores en sus muchas manifestaciones hasta los científicos en las fronteras místicas

John Dewey (Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1923); reimpresso ed. (Nueva York: Barnes & Noble, 1968), p. 283.

31 Ibid., p. 74.

32 Ibid., p. 75.

de la materia donde empieza nuevamente la vida, participan de formas de devoción. Todo el conocimiento de cosas vivas y en crecimiento (conceptos y economías) es en parte subjetivo e intuitivo y, de ese modo, místicamente dependiente de las ideas de otros y de la adoración, aunque sea inconsciente, de Dios. Dios es la base de todo conocimiento vivo; y la mente humana, en la medida en que puede conocer algo que está más allá de su propio y reducido alcance, participa de la mente de Dios.

En los Estados Unidos actualmente estamos presenciando el cálculo usual de la imposibilidad, recitado por los conocidos aspirantes a un plan maestro. Se dice que debemos abandonar la libertad económica porque nuestra frontera está cerrada; nuestra biosfera está saturada; nuestros recursos se están agotando; nuestra tecnología es perversa; nuestra población crece y nuestros horizontes se están achicando. Se dice que caminamos en una sombra de la muerte, con reducido oxígeno, tierra y agua contaminadas; y una precipitación radiactiva del crecimiento explosivo cayendo de las nubes de nuestro futuro en una silenciosa lluvia carcinógena. En esta situación extrema, no podemos permitirnos los lujos de la competencia, el despilfarro ni la libertad. Hemos llegado al término del camino abierto; estamos golpeando contra las puertas de una frontera cerrada. Debemos cobrar impuestos, regular y planificar, redistribuir nuestra riqueza y racionar nuestro consumo, ya que hemos llegado al término de la apertura.

Pero muy por el contrario, estos problemas y crisis son en sí la nueva frontera; son en sí el mandato para la competencia y creatividad individual y de las empresas; son en sí la razón por la que no podemos permitirnos los consuelos de la planificación. La antigua frontera del Oeste americano también pareció cerrada en un principio. Se transformó en un depósito abierto de riqueza sólo retrospectivamente, pues los colonizadores se atrevieron a arriesgar sus vidas y sus familias en la búsqueda de riquezas, de oro (que había relativamente muy poco en los Estados Unidos) y petróleo (entonces de poco uso). Sólo mirando hacia atrás, las tierras yermas de Texas y Oklahoma fueron una fuente de energía, las suaves llanuras un granero del mundo, o Thomas Edison un genio catalítico y Henry Ford la salvación del capitalismo en las garras de un antiguo círculo que se cierra. El futuro es siempre incalculable; sólo en libertad es posible dominar sus desafíos.

Los economistas que plantean la planificación en estos términos, formulan punto a punto el caso contra ellos mismos. El círculo que se cierra, la crisis de recursos, la amenaza térmica, el peligro nuclear, el "envejecimiento" de la tecnología, el aumento de la población, el factor hambre, y todo lo demás es nuevo en la eterna jeremiada del presupuestista racional y actuario de nuestro destino, todas estas condiciones son en sí el mandato para el capitalismo. Para superarlas, es necesario tener fe, recuperar la confianza en la

providencia y el azar, en la genialidad de los hombres libres y temerosos de Dios.

Esta creencia nos permitirá ver la mejor forma de ayudar a los pobres, la mejor forma de comprender las verdades de la igualdad ante Dios que sólo pueden derivarse de la libertad y diversidad en la tierra. Nos llevará a abandonar, en primer lugar, la idea de que la raza humana puede independizarse, apartarse del azar y la fortuna mediante un arrogante cerco de administración racional de los recursos, distribución de los ingresos y planificación futurista. Nuestro mayor y único recurso es el milagro de la creatividad humana en una relación de apertura a lo divino. Es un recurso que sobre todo no deberíamos negar ni a los pobres, que pueden ser los más abiertos de todos al futuro, ni a los ricos o individuos sobresalientes, que pueden prestar liderazgo, imaginación y riqueza a la causa del cambio benéfico.

La historia de la vida humana no es tanto el desfile brillante de racionalidad y propósito concebidos por la Ilustración sino más bien una saga de desiertas divagaciones y breves gratificaciones en el diálogo interminable entre el hombre y Dios, entre la alienación y la providencia, en nuestra búsqueda de la siempre floreciente y huidiza tierra prometida, que podemos ver más claramente, con la lógica más luminosa, cuando tenemos la fe y el coraje para entregarnos al azar y el destino.

Reinhold Niebuhr resumió nuestra situación de la siguiente manera:

Nada que valga la pena realizar
es terminado durante una vida.
Por lo tanto debemos ser salvados por la esperanza.
Nada verdadero o hermoso tiene completo sentido
en un contexto de la historia.
Por lo tanto debemos ser salvados por la fe.
Nada que hagamos, sin importar cuán virtuoso sea,
puede ser realizado solo.
Por lo tanto somos salvados por el amor.³³

Estas son las leyes fundamentales de la economía, los negocios, la tecnología y la vida. En ellas están las fuentes secretas de la riqueza y la pobreza.

33 Reinhold Niebuhr, citado por el padre Gerard Creedon, Church of the Good Shepherd, Alexandria, Va.